J.B. PRIESTLEY

LABURNUM GROVE

EL RETAMAL



J. B. PRIESTLEY

EL RETAMAL

(LABURNUM GROVE)
COMEDIA INMORAL EN TRES ACTOS



Traducción del inglés por
ROSA CHACEL y VERA MACAROW



AGUILAR



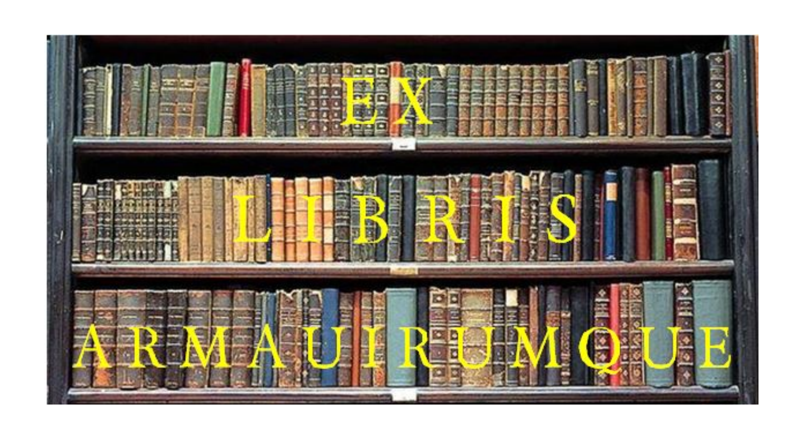
J. B. Priestley

EL RETAMAL

(LABURNUM GROVE)

COMEDIA INMORAL EN TRES ACTOS

Traducción de
ROSA CHACEL y VERA MACAROW



A
EDMUND GWENN

EL RETAMAL. *Esta comedia de la vida suburbana, que devolvió a la escena, tras varios años de ausencia en los* films *cinematográficos, al excelente actor Edmund Gwenn, fue estrenada en el Duchess Theatre, durante el otoño de 1933. Se mantuvo en cartel mucho tiempo, pero interrumpí deliberadamente las representaciones (pues también era yo empresario en este caso) para enviar la compañía a Nueva York, donde la comedia se desenvolvió razonablemente bien. En Inglaterra es una de las grandes favoritas de las compañías de repertorio y de aficionados; pero, acaso por lo acusadamente inglés de su ambiente y su humor, no se ha representado en el extranjero con tanta profusión y éxito como muchas de mis otras comedias. El chusco lance de los plátanos, que ha regocijado millares de veces al público y que parece perdurar en la memoria de este, no me debe nada a mí, pues fue una feliz invención de mi amigo sir Cedric Hardwicke, quien presentó la obra. En la época en que la escribí, cuando también estaba reuniendo materiales para* Un viaje inglés, *estaba yo lleno de recelos respecto a nuestro sistema financiero, aunque solo fuese por el hecho de que los Bancos parecían florecer cuando la industria se agostaba, y esto explica ciertas alusiones en el texto. En el teatro, frecuentemente, como convendrán la mayoría de las personas que trabajan en él, o todo sale bien a todo sale mal. En el caso de* El retamal, *que pergeñé en una clínica de reposo y escribí rápidamente durante la convalecencia, todo salió bien. Dispusimos de un excelente reparto, encabezado por Edmund Gwenn y Mary Jerrold, Ethel Coleridge y Melville Cooper, y esta producción me llevó al Duchess Theatre y a establecer una dilatada y feliz asociación con su propietario, J. P. Mitchelhill.*

Esta obra fue estrenada el 28 de noviembre de 1933 en el Duchess Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

ELSIE RADFERN	Margery Pickard.
MISTRESS (LUCY) BAXLEY ...	Ethel Coleridge.
BERNARD BAXLEY	Melville Cooper.
GEORGE RADFERN	Edmund Gwenn.
HAROLD RUSS	Francis James.
JOE FLETTEN	James Harcourt.
MISTRESS (DOROTHY) RADFERN	Mary Jerrold.
INSPECTOR STACK	David Hawthorne.
SARGENTO MORRIS	Douglas Payne.

Dirigida por CEDRIC HARDWICKE.

ACTO I.—Domingo al anochecer.

ACTO II.—Escena I: Lunes por la mañana temprano. Escena II: Lunes por la tarde.

ACTO III.—Lunes al anochecer.

La acción tiene lugar en la sala de estar de los Radfern, en su casa Valle de Helechos, avenida El Retamal, en Shooters Green, un suburbio al norte de Londres.

ACTO PRIMERO

El escenario representa la sala de estar de la casa de los Radfern, Valle de Helechos, avenida El Retamal, de Shooters Green, un suburbio al norte de Londres. Es un atardecer de domingo, a fines de verano, y al comenzar el acto aún es de día. En la pared del fondo, a la derecha, hay una pequeña ventana, luego una puerta que parece llevar directamente a un invernadero, luego una ventana más grande que da al jardín detrás de la casa. En la pared de la derecha, al fondo, hay una puerta que conduce a una pequeña antesala donde están la puerta exterior y la escalera. En la pared de la izquierda hay una puerta que da a la cocina. Contra esta pared, más allá de la puerta, hay un aparador con un botellón de «whisky», un sifón y varias botellas de cerveza. En el rincón, entre la pared izquierda y la ventana grande, hay una mesa ovalada o redonda, con servicio preparado para la cena, pero cubierta con dos manteles. En el rincón opuesto hay una pequeña mesa con teléfono y al lado un altavoz y una radio. Hay uno o dos sillones y varias sillas de comedor en la habitación, que está amueblada alegre y confortablemente al estilo suburbano.

Al levantarse el telón, MISTRESS BAXLEY *y* ELSIE *están sentadas ante una mesa de juego, en el centro del escenario.* MISTRESS BAXLEY *es una mujer de unos cuarenta años, vestida con ciertas pretensiones de elegancia, pero con ropa algo usada. Hay en ella una mezcla de tontería y egoísmo calculador.* ELSIE *es una muchacha bonita, pero algo malhumorada y descontenta, de unos veinte años, como esas que se ven en cualquier calle principal de todo suburbio medianamente próspero.* ELSIE *está barajando un mazo de cartas, y al poco tiempo las corta ante* MISTRESS BAXLEY, *que reúne las dos partes y distribuye las cartas en seis montones, boca abajo, sobre la mesa.*

MISTRESS BAXLEY.—*(Terminando de ordenar las cartas.)* Para ti..., tu casa..., tu deseo... ¿Deseaste algo, Elsie?

ELSIE.—Sí, tía. Muy claramente.

MISTRESS BAXLEY.—Lo que..., lo que no esperas y lo que seguramente ha de realizarse. Fíjate, no siempre tengo ánimo, ¿sabes? A veces no puedo ver nada, pero, otras, todo me resulta clarísimo y todo lo que digo se realiza. Es un don: no se puede gobernar.

ELSIE.—*(Con excitación.)* Pues hoy tienes que tener ánimo, tía Lucy.

MISTRESS BAXLEY.—¿Por qué? ¿Qué es lo que te tiene hoy tan agitada? Ya veo que hay algo.

ELSIE.—Luego te lo contaré. Si te lo contase ahora lo estropearía. Primero tienes que decirme algunas cosas.

MISTRESS BAXLEY.—Bueno; tengo la esperanza de que tu madre no vuelva cuando estemos a la mitad, porque no le gusta que te eche las cartas..., me lo dijo el otro día.

ELSIE.—Mamá no volverá de casa de mistress Repington hasta después de comer. Por eso dejó todo preparado *(Indicando la mesa, en el rincón.)* antes de irse. No te preocupes.

MISTRESS BAXLEY.—Bien. *(Recoge el primer mazo de cartas y las examina, haciendo luego otro tanto con los demás, durante las réplicas siguientes. Asume el aire lejano y místico acostumbrado en los videntes, que contrasta viva y cómicamente con su tono y modales cuando hace observaciones no relacionadas directamente con su adivinación.)* ¡Hum!... ¡Hum!... Bueno, lo primero que veo, Elsie, es una gran sorpresa. Sí, vas a tener una gran sorpresa.

ELSIE.—¿Una sorpresa? ¿Cuándo?

MISTRESS BAXLEY.—Muy pronto.

ELSIE.—Pero, ¿cuándo? ¿La semana que viene?

MISTRESS BAXLEY.—Tal vez antes.

ELSIE.—Bueno, mucho antes no puede ser. Hoy es domingo y ya es de noche, estamos casi en la semana que viene.

MISTRESS BAXLEY.—Pues llegará pronto. Y no es una sorpresa agradable. No creo que te guste.

ELSIE.—*(Con reproche.)* ¡Oh... tía Lucy!

MISTRESS BAXLEY.—Yo no puedo remediarlo. No te digo más que lo que está aquí en las cartas.

ELSIE.—¿De qué se trata?

MISTRESS BAXLEY.—*(Rumiando otras cartas.)* Creo que tiene algo que ver con un hombre de pelo entre rubio y moreno.

ELSIE.—*(Reflexionando.)* ¿Un hombre entre rubio y moreno? ¿Es joven?

MISTRESS BAXLEY.—No, creo que no. Tu casa anda en el asunto.

ELSIE.—*(Decepcionada.)* ¡Oh!

MISTRESS BAXLEY.—Sí, creo que el hombre entre rubio y moreno debe de ser tu padre.

ELSIE.—Es... ¿Se trata de compromiso?

MISTRESS BAXLEY.—No, no veo ningún compromiso relacionado con esto. Creo que, simplemente, tu padre te va a dar una gran sorpresa.

ELSIE.—*(Disgustada.)* Así son las cartas. Siempre son así. Una gran sorpresa... de papá... como si no fuese el último de los seres que pudiera darme una sorpresa. Supongo que la gran sorpresa será que ha logrado dos tomates en su invernadero. O que su radio va a transmitir el «Largo», de Haendel. O que no encuentra su pipa, o una de sus innumerables novelas policíacas, o algo por el estilo. ¡Papá!

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, aquí está todo muy claro.

ELSIE.—Tal vez sea que esta noche no estás dispuesta, tía.

MISTRESS BAXLEY.—*(Fríamente.)* El caso es que hoy veo muy claramente. Pero fuiste tú, Elsie, quien me pidió que te echase las cartas; así que si no quieres aceptar lo que te digo, no seguiré.

ELSIE.—No, eso no. Perdóname. Sigue.

MISTRESS BAXLEY.—*(Examinando otras cartas.)* También una gran sorpresa para dos personas de visita en la casa. Que la dejarán muy pronto.

ELSIE.—Seréis tú y el tío Bernard. Sois las únicas personas de visita aquí. Aparte de vosotros solo quedamos papá, mamá y yo.

MISTRESS BAXLEY.—*(No muy contenta con ello.)* ¡Uf!... muy raro. No puedo imaginar qué sorpresa vamos a tener, y, en todo caso, no pensábamos dejaros todavía. No se ha dicho nada de nuestra marcha. ¡Uf! Tal vez sea cierto que no estoy entendiendo bien, después de todo.

ELSIE.—Sigue. Dime más.

MISTRESS BAXLEY.—*(Examinando los últimos montones de cartas.)* Te irás de viaje. Y muy pronto.

ELSIE.—*(Excitada.)* ¡No! ¿De veras?

MISTRESS BAXLEY.—Sí. Aquí está todo. Un viaje. Camas extrañas. Atravesando el mar. Y todo llegará como una gran sorpresa. Pero no es la misma sorpresa. Esta es muy diferente. Harás un gran viaje, muy pronto, cruzando el agua.

ELSIE.—Parece demasiado bueno para ser cierto. ¿No lo estás inventando para complacerme, verdad?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con dignidad.)* Claro que no: yo nunca inventé nada para complacer a nadie.

ELSIE.—Entonces es culpa de las cartas otra vez. A cualquier cosa le llaman un largo viaje para que resulte más excitante. Ya me han engañado así otras veces. Le hablan a una de un largo viaje y de eso de cruzar el mar y de camas extrañas y de una mujer rubia y un hombre moreno, hasta hacerle pensar que va a suceder algo maravillosamente excitante, y luego todo queda en que va una a pasar el fin de semana con la tía Florencia en Sydenham Creeré en ese largo viaje cuando lo vea. Apuesto a que resulta igual que la sorpresa del hombre entre rubio y moreno..., otra cosa aburrida de papá.

MISTRESS BAXLEY.—*(Recogiendo los naipes.)* Más vale que otra vez te eches las cartas tú misma. Te he dicho todo lo que he podido ver.

ELSIE.—Pero omitiste lo más importante. ¿No hubo nada de un compromiso para mí?

MISTRESS BAXLEY.—No, ni la menor indicación.

ELSIE.—*(Triunfante.)* Pues ahí se equivocan..., ya ves..., porque estoy realmente comprometida y esta noche lo estaré oficialmente.

MISTRESS BAXLEY.—¡Comprometida! ¡Qué asombrada me dejas!

ELSIE.—No pareces muy agradablemente asombrada, tía Lucy.

MISTRESS BAXLEY.—Si quieres que te diga la verdad, no; no lo estoy.

ELSIE.—¿Por qué?

MISTRESS BAXLEY.—Porque creo que eres demasiado joven para comprometerte.

ELSIE.—No soy demasiado joven. Tengo veinte años.

MISTRESS BAXLEY.—¿Qué son veinte años? No tienes edad suficiente para saber lo que quieres.

ELSIE.—Sí que la tengo. No comprendo qué tiene que ver la edad con eso de saber uno lo que quiere. Yo siempre tuve bastante edad para saber lo que quería.

MISTRESS BAXLEY.—Eso te parece a ti. ¿Es aquel joven que estuvo aquí la otra noche?

ELSIE.—Sí. Harold Russ. Y esta noche va a venir a cenar y va a hablar con papá.

MISTRESS BAXLEY.—¡Qué hora tan extraña para venir!, ¿no te parece?, habiendo tenido todo el día para hacerlo.

ELSIE.—No pudo arreglarlo de otro modo. Está ayudando a un amigo suyo a vender coches usados, y esta tarde tuvo que llevar a un cliente en uno de ellos, bastante lejos. Quiere tener su propio negocio para la venta de coches usados cuando reúna algo de capital.

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, una cosa puedo anticiparte, Elsie. A tu papá no le gusta mucho.

ELSIE.—Ya lo sé. Pero papá no lo conoce de veras. Y ya sabes lo que es papá. Si Harold fuese un burro serio y viviese aquí, en El Retamal, o en cualquier otra parte de Shooters Green, y fuese todas las mañanas al centro y volviese al atardecer para afanarse en el invernadero, papá lo encontraría maravilloso. Pero como Harold es vivo y quiere prosperar y una vez se burló de El Retamal y de Shooters Green... *(Entra* BERNARD BAXLEY, *un sujeto relamido, con algo de falso, de unos cuarenta años. Siempre o demasiado seguro de sí mismo o incómodo.)*

MISTRESS BAXLEY.—Pues yo no veo qué es lo que hay para burlarse.

BAXLEY.—¿Quién se burla de qué?

ELSIE.—Estoy hablando de Harlod Russ, tío.

BAXLEY.—¡Ah!..., tu pretendiente, el que estuvo aquí la otra noche.

ELSIE.—Sí. A papá no le gusta porque una vez se burló de El Retamal.

MISTRESS BAXLEY.—Y yo no veo que haya nada para burlarse. Es un vecindario muy bueno, respetable y refinado.

ELSIE.—Justamente por eso se burla. Es todo tan mortalmente aburrido, nada más que pantuflas e invernaderos. Nunca sucede nada, excepto que los de «Ben Machree» se han comprado un nuevo coche, o que la señora de «Heather Brow» va a tener un niño.

MISTRESS BAXLEY.—Cuando tengas un niño ya lo encontrarás bastante interesante.

BAXLEY.—¡Ah!... Elsie se parece a mí. No le gusta esta clase de vida suburbana, rutinaria y ultra... respetable. Venir de visita no me importa, porque mientras tanto estoy pensando en lo que voy a hacer después; pero vivir aquí, no podría. Yo quiero la verdadera vida. ¿Qué puede haber aquí para un hombre que estuvo en Oriente?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con énfasis.)* Yo puedo decirte lo que hay para un mujer que estuvo en Oriente... Tres buenas comidas diarias y un buen sueño de noche.

BAXLEY.—Sí, pero tú, Lucy, nunca entraste bien en la vida de allí.

MISTRESS BAXLEY.—Y tú parecías más bien contento de salir de ella.

ELSIE.—Pues yo estoy de acuerdo con tío Bernardo. Y sé bien que Harold lo está también. ¡Oh!..., ¿qué hora es?

BAXLEY.—Las nueve, pasadas.

ELSIE.—Prometí reunirme con él dentro de diez minutos en la estación del subterráneo. Tengo que echar a correr. *(Sale apresuradamente.)*

BAXLEY.—¿Qué pasa?

MISTRESS BAXLEY.—Se ha comprometido con ese muchacho y va a atrerlo aquí para que pida su consentimiento a George.

BAXLEY.—¡Ah!... ¿es eso?

MISTRESS BAXLEY.—Sí, pero hay otra cosa. De lo que él anda detrás es de pedirle prestado dinero a George para poner un negocio de coches usados.

BAXLEY.—¿Cómo lo sabes?

MISTRESS BAXLEY.—No lo sé, pero lo adivino por algo que se le escapó a Elsie. Además, el muchacho no se tomaría el trabajo de pedir el consentimiento del padre si no anduviese detrás de algo.

BAXLEY.—Pero eso ¿en qué va a afectarnos a nosotros?

MISTRESS BAXLEY.—¿Viste a ese hombre?

BAXLEY.—¿A Simpson? Sí. No quiere ni siquiera mirarme a la cara si no pongo cuatrocientas cincuenta libras. Y solo me dan de plazo hasta el miércoles.

MISTRESS BAXLEY.—Entonces cuanto antes pidamos esas cuatrocientas cincuenta libras, mejor será.

BAXLEY.—¿Lo hago directamente con él o será mejor que lo manejes tú con Dorothy como intermediaria?

MISTRESS BAXLEY.—Con Dorothy como intermediaria, no.

BAXLEY.—¿Por qué no? Después de todo, es tu hermana.

MISTRESS BAXLEY.—Sí, pero me parece que está un poco harta de nosotros. Esta vez nos hemos quedado casi una quincena y es la tercera vez que venimos de visita este año. Y ella sabe que has aceptado dinero prestado de George muy frecuentemente. ¿Cuánto le extrajiste esta vez?

BAXLEY.—Pues ya sabes.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con aspereza.)* ¡Oh!, no, no lo sé. Solo sé las sumas que mencionaste; eso es todo.

BAXLEY.—Pues eso es todo lo que hubo.

MISTRESS BAXLEY.—¡Y lo demás!

BAXLEY.—Hubo, tal vez..., diez chelines de aquí o de allá..., algo y nada.

MISTRESS BAXLEY.—Demasiados algos y nadas. Dorothy puede

ser mi hermana, y por lo regular es de carácter complaciente, pero creo que está harta. He notado que su tono con nosotros se ha vuelto más bien cortante en estos últimos días. Así que prueba tú con el mismo George. Es lo bastante bonachón para conseguir de él cualquier cosa.

BAXLEY.—Y bien puede serlo. No tiene preocupaciones. Se arrellanó en un negocio y no tiene más que dejarse mantener por él. Dinero gratis. Solo con mirarlo se ve que es dinero gratis. No se da cuenta ni de que ha nacido.

MISTRESS BAXLEY. — Debería casarse contigo. Entonces se la daría.

BAYLEY.—Está bien, está bien. La cuestión es... ¿vamos a intentarlo esta noche?

MISTRESS BAXLEY.—Es mejor que lo intentemos ahora mismo, antes que el querido Harold de Elsie empiece a pedirle dinero prestado.

BAXLEY.—¿Está Dorothy?

MISTRESS BAXLEY.—No, fue a casa de una amiga, mistress Repington, y no volverá antes de cenar. Ahora es el momento.

BAXLEY.—¿Supongo que estará en el invernadero?

MISTRESS BAXLEY.—Sí, llámalo.

BAXLEY.—Espera un poco. Todavía no he planeado la estrategia. Tal vez conviene actuar por todo lo alto. Al fin y al cabo, yo he visto el mundo, he estado en algún sitio, he hecho algo y él no. Supongamos que yo...

MISTRESS BAXLEY.—Supongamos que tú lo llamas, simplemente, y acabas con el asunto. Y si tú no lo haces lo haré yo. *(Va hacia la puerta y llama.)* George, George.

RADFERN.—*(Fuera, en el fondo.)* Voy, voy. *(Entra por la puerta del fondo. Es un hombre de unos cincuenta años, sin nada notable en su apariencia, aunque desde el principio debe haber en él cierta calma, seguridad y autoridad visibles bajo sus modales complacientes. Aparece como un típico dueño de casa suburbana que se ha puesto cómodo, en pantuflas, chaqueta vieja y fumando su pipa. Trae dos pequeños tomates y los enseña con aire de triunfo burlón. Enseñando los tomates.)* Mirad. ¿Qué más queréis? Fresquitos.

MISTRESS BAXLEY.—Preciosos. Parecen muy buenos, George. ¿No te sientas?

RADFERN.—Bonitos tomates. Marca Radfern Especial. Dirigirse a los viveros de Valle de Helechos, en El Retamal. *(Mirando alrededor.)* Pero creí que ya estaba la comida.

MISTRESS BAXLEY.—No. Te llamé, George, porque queríamos hablar contigo un rato, ahora que estamos solos.

RADFERN.—¡Ah!... ya veo. ¿Entonces?... *(Una pausa.)*

MISTRESS BAXLEY.—*(Con impaciencia.)* Vamos, Bernard.

BAXLEY.—Te lo voy a contar, chico. Acabo de ver a ese tipo, Simpson, del que te hablé el otro día. El único momento en que

pude verlo, porque estuvo fuera de Londres toda la semana. Creo que ya el otro día te dije... es una ocasión maravillosa.

RADFERN.—No me parece. Cuando los negocios no andan bien, no comprendo cómo se pueden vender muchos útiles de oficina.

BAXLEY.—Harto calculado lo tengo, chico. Pierde cuidado. La cosa es esta: me dicen que puedo tener la agencia..., agencia exclusiva... si pongo cuatrocientas cincuenta libras.

RADFERN.—¿Que pongas cuatrocientas cincuenta libras?

BAXLEY.—Simplemente ponerlas, hijo. Esa gente no necesita el dinero, pero su agente tiene que depositar cuatrocientas cincuenta libras.

RADFERN.—Pero tú no tienes cuatrocientas cincuenta libras. ¿No es cierto, Bernard?

BAXLEY.—Claro que no. No he tenido tu suerte, chico.

RADFERN.—¿Cómo sabes que yo he tenido suerte?

MISTRESS BAXLEY.—No lo sabe. Es su modo de hablar en tonto, George. Todos sabemos que tuviste que trabajar mucho para ganar tu dinero.

BAXLEY.—Nunca dije que no. Y también tengo en cuenta que ya me has prestado bastante, George.

RADFERN.—*(Con buen humor.)* Creo que cerca de doscientas cincuenta libras, Bernard.

BAXLEY.—Las que, por supuesto, recibirás de vuelta.

MISTRESS BAXLEY.—Por supuesto.

BAXLEY.—Pero lo que pensamos es que si tú, simplemente, me dieras esas cuatrocientas cincuenta libras para depositar...

MISTRESS BAXLEY.—Es que es una maravillosa ocasión para Bernard.

BAXLEY.—Y creí que sería mejor recurrir directamente a ti en vez de hablar a Dorothy. Aunque ella sea la hermana de Lucy.

RADFERN.—Muy acertado. Podemos dejar a Dorothy fuera de este asunto, porque el caso es que ella no sabe que ya me debes doscientas cincuenta libras.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* No es la única.

BAXLEY.—Es que no me gusta meter a las mujeres en estos asuntos. Y sé que a George tampoco le gusta. ¿Qué dices tú?

RADFERN.—*(Cavilando.)* Cuatrocientas cincuenta, ¿sabes?, Bernard?, es bastante dinero. Tendré que pensarlo.

BAXLEY.—No hay mucho tiempo. Y no querría perder la ocasión.

RADFERN.—Lo comprendo muy bien, Bernard, pero cuatrocientas cincuenta libras, encima de las doscientas cincuenta que ya te di, son mucho dinero... *(Volviéndose de repente, después de haber ido lentamente hacia el fondo.)* Mira, vuelve a preguntármelo después de cenar y te daré una contestación. *(Sale.* BAXLEY *y* MISTRESS BAXLEY *lo siguen con la mirada y luego se miran uno a otro, levantando las cejas.)*

MISTRESS BAXLEY.—¿Qué te parece?

BAXLEY.—Esto se va a arreglar. Después de cenar, cuando nos hayamos echado un par de tragos, se lo sacaré.

MISTRESS BAXLEY.—Sí. Pero, ¿y el chico de Elsie?

BAXLEY.—Ya se habrá ido para entonces.

MISTRESS BAXLEY.—Escucha, si quisieran quedarse a solas con él «antes» de cenar, sería mejor para nosotros que si lo dejasen para luego.

BAXLEY.—Sí, es verdad. Los dejaremos solos, entonces. Después de todo, fui yo el primero.

MISTRESS BAXLEY.—Me parece que ahí vienen. *(Se oyen voces fuera. Entra* ELSIE *muy animada, la sigue* HAROLD RUSS. *Bastante bien parecido y vestido con gracia, pero algo huero. Dentro de unos veinte años se parecerá a* BAXLEY *y se comportará exactamente igual que él.)*

ELSIE.—*(Feliz y animada.)* Harold, aquí están mi tía Lucy y mi tío Bernard. Pero ya os conocéis, ¿verdad?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con una sonrisa muy falsa.)* Sí, creo que nos conocimos el jueves pasado. ¡Qué hermoso día hizo hoy!, ¿no?

HAROLD.—Hermoso. Y lo disfruté bastante. Fui de paseo en coche con un cliente a quien trataba de vendérselo.

BAXLEY.—¿Tuvo éxito?

HAROLD.—No me extrañaría.

BAXLEY.—¿Cómo están los negocios?

HAROLD.—No muy bien. Y para usted ¿cómo andan las cosas?

BAXLEY.—Bueno..., por el momento... yo... estoy buscando.

HAROLD.—¡Ah, sí! Recuerdo que me contó la otra noche. Usted estuvo en Oriente, ¿verdad?

BAXLEY.—Sí, en los Estados Malayos. Principalmente en Singapur. Ojalá no hubiera vuelto. Allí la vida fue hecha para el hombre... y sigue igual todavía... una vida para el hombre, ¿verdad, Lucy?

MISTRESS BAXLEY.—*(Asperamente.)* Yo no sé si es una vida para el hombre. Lo que sí sé es que no es vida para una mujer.

BAXLEY.—Ya ve usted, mi mujer quería volver, y yo pensé que le daría otra oportunidad a mi vieja patria.

ELSIE.—A mí me gustaría viajar. ¿A ti no, Harold?

HAROLD.—No me disgustaría. Yo voy y vengo bastante, ¿sabes?

BAXLEY.—Y ahora se propone pedirla al papá, ¿no es cierto?

HAROLD.—¡Eh!... ¿quién se lo dijo?

BAXLEY.—*(Fatuo.)* Quién, no importa. El caso es que lo sabemos. *(A* MISTRESS BAXLEY.*)* ¿Verdad?

MISTRESS BAXLEY.—*(Imitándolo cruelmente.)* Sí, lo sabemos.

BAXLEY.—Y si quieren que los dejemos a solas, no tienen más que decirlo.

ELSIE.—Muy bien, gracias. Pero creo que vamos a esperar un rato.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con dignidad.)* Si se presenta una buena ocasión... (RADFERN *aparece en el umbral, al fondo, trayendo otro tomate.)*

HAROLD.—Buenas noches, míster Radfern.

RADFERN.—¡Oh!..., buenas noches. Aquí hay otro. *(Indicando el tomate.)* Ya son tres. Bastantes para la cena.

ELSIE.—*(A* MISTRESS BAXLEY.) Ya ves, tía. Esta es la sorpresa de las cartas. ¿Qué te decía yo? Papá y sus tres tomates.

RADFERN.—*(Indicando los naipes sobre la mesa.)* ¡Ah!... ¿otra vez estuvisteis echando las cartas? ¿No sabéis que trae mala suerte echarlas en domingo?

MISTRESS BAXLEY.—Eso no es más que superstición.

RADFERN.—Claro que lo es. Pero ¿no lo es todo ello? Si se empieza, ¿por qué no ir hasta el fin? Bueno, ¿y qué decían las cartas esta noche?

MISTRESS BAXLEY.—Que habrá una gran sorpresa para Elsie. Y que va a hacer un largo viaje muy pronto.

HAROLD.—¡Oh!...

ELSIE.—*(Sonriéndole.)* No me disgustaría.

RADFERN.—A cualquier parte, con tal de no estar en El Retamal ni vivir en Valle de Helechos.

ELSIE.—No; no a cualquier parte. Pero sí a algún lugar animado.

BAXLEY.—Yo sé lo que tú quieres. Ve a...

RADFERN.—*(Apresurándose.)* Al Oriente. Yo fui el primero en decirlo, Bernard.

ELSIE.—Aquí todos están engreídos, tan sólidamente... arrimados. Y tan aburridos, y tan satisfechos de sí mismos.

RADFERN.—¿Y por qué no van a estarlo? Tienen hogares hermosos y tranquilos...

ELSIE.—*(Con amargura.)* Sí, con invernaderos y radios.

RADFERN.—*(De buen humor.)* ¿Y qué quieres que tengamos?.. ¿Elefantes y tigres o un tren con panorama?

ELSIE.—Ya lo sé..., pero es tan..., tan...

HAROLD.—*(Como desde arriba.)* Suburbano.

ELSIE.—Eso..., suburbano.

RADFERN.—A mí no me molesta. Cuando tu madre y yo llegamos aquí, nos pareció que habíamos encontrado algo bueno. Por eso nos sentimos tan satisfechos de nosotros mismos y tan dispuestos a llevar una vida tranquila.

BAXLEY.—Es lo que te conviene a ti, George. Tú siempre llevaste esa clase de vida. Pero yo quiero aventuras.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* ¿Sí? ¿Desde cuándo?

HAROLD.—Sé lo que quiere usted decir. Yo soy completamente igual.

ELSIE.—Y yo también.

RADFERN.—Pues yo no. Bien sabes que el género de vida que tú llevas no se lo dan a uno presentado en bandeja.

ELSIE.—¿Qué quieres decir, papá?

RADFERN.—Quiero decir esto: aunque «tú» lo recibas presenta-

do en bandeja..., regalado, gratuito, de balde, «yo» no. Ni *(Indicando afuera.)* tampoco «ese», ni «ese».

BAXLEY.—*(Clavando la mirada en* RADFERN.) ¿Quiénes?

ELSIE.—No comprendo a qué viene todo esto.

RADFERN.—Escucha. Estamos aquí, en Shooters Green, uno de los suburbios más nuevos al norte de Londres. Muy limpio, muy respetable, brillante como un cuchillo nuevo. Bonitas tiendas en la calle Mayor: «Sí, señora. ¿Se lo mandamos? Desde luego, señora.» Confiterías, palacios del cine. «Buenos días, míster Robinson. Buenas tardes, míster Johnson.» Y aquí está El Retamal, una de sus mejores avenidas, muy tranquila, muy exclusiva, chalés de la mayor categoría. Semiseparados. Ben Machree, Craig y Don, Mon Repos. Todas las nacionalidades, como veis. El Brezal..., aunque no hay un brezo a muchos kilómetros. Y nosotros, Valle de Helechos. Preciosa casita. Gente simpática, tranquila, respetable. Nada de escándalos. Nada de murmuraciones. Nada de gritos en la noche. Cochecitos Morris Oxford. Pequeños invernaderos, radios.

ELSIE.—*(Con algo de amargura.)* Así es. Tú lo conoces bien, papá.

HAROLD.—¡Sí..., por Dios!

RADFERN.—*(De buen humor.)* Sí, yo lo conozco. Pero vosotros no lo conocéis. Vosotros sois de esos que creen que los panecillos crecen en los árboles. No conocéis el mundo. Como todo esto os ha sido ofrecido en bandeja, suponéis que a todo el mundo se le ha dado igual.

BAXLEY.—¿Y no es así?

RADFERN.—No. Hay tipos que han sudado hasta echar el bofe para poder establecerse aquí. Dios sabe lo que han arriesgado algunos. No imagináis dónde han estado ni lo que han hecho.

BAXLEY.—*(Con una insinuación de desprecio.)* Bueno, George, espero que no te mate nadie a balazos mañana, cuando vayas al centro. No me he dado cuenta de que te arriesgabas tanto.

RADFERN.—¡Oh!..., yo. Por suerte, yo soy distinto.

BAXLEY.—Tú tuviste suerte.

MISTRESS BAXLEY.—Estoy segura de que George siempre trabajó mucho, a pesar de haber estado tranquilo y holgado en su propio negocio.

ELSIE.—*(Mirándola.)* Esto...

MISTRESS BAXLEY.—*(Comprendiendo la insinuación.)* Sí. Vamos, Bernard.

BAXLEY.—¿Por qué? *(Ella echa fuego por los ojos.)* ¡Oh!..., sí. Desde luego. *(Salen los dos.)*

RADFERN.—*(Siguiéndolos con la mirada.)* ¿Qué les pasa a esos dos?

ELSIE.—Nos dejan a solas porque saben que queremos hablarte.

RADFERN.—Comprendo.

HAROLD.—El caso, míster Radfern, es que Elsie y yo...

ELSIE.—Papá, estamos comprometidos.

HAROLD.—Bueno, queremos estarlo.

RADFERN.—Ya veo. *(A* ELSIE.*)* ¿Se lo has dicho a tu madre?

ELSIE.—No. Se lo diré cuando vuelva, después de cenar.

HAROLD.—Yo, por supuesto, quería hablarle a usted.

RADFERN.—Muy bien.

HAROLD.—Queríamos casarnos muy pronto.

RADFERN.—¿Y con qué piensan vivir?

HAROLD.—Esa es, precisamente, la cuestión. Claro, me gustaría estar primero un poco mejor situado.

RADFERN.—Déjeme recordar. ¿No está usted actualmente ayudando a un amigo suyo a vender coches usados?

HAROLD.—*(Con altanería.)* Sí. Desde luego; pero eso es solo esperando a ver lo que aparece.

RADFERN.—¡Ah! ¿Está usted esperando a ver lo que aparece? Como tu tío Bernard, Elsie. Que es un gran especialista en eso de ver lo que aparece.

ELSIE.—¡Oh! Harold, ¿por qué no hablas con papá como es debido? El caso es, papá, que estamos comprometidos. Y Harold sabe de un negocio de coches usados que podría comprar si tuviese algo de capital...

RADFERN.—¿No serían, por casualidad, unas cuatrocientas cincuenta libras?

HAROLD.—Bueno, podría ser más o podría ser menos. Puedo suministrarle las cifras.

RADFERN.—*(Deteniéndolo.)* No, ahora no. Pregunté si serían cuatrocientas cincuenta libras porque parece ser la cifra elegida para hoy. *(Llaman fuerte a la puerta exterior.)*

ELSIE.—¡Oh, qué fastidio! ¿Quién puede ser?

RADFERN.—Probablemente Joe Fletten. Esperaba que pasase por aquí esta noche.

ELSIE.—*(Con petulancia.)* ¿Por qué tiene que venir a esta hora? Va a acabar viniendo a media noche a preguntar cosas sobre el invernadero.

RADFERN.—No me sorprendería. Bueno, déjalo entrar. (ELSIE *sale.)* Me parece que tendremos que posponer esta pequeña conversación.

HAROLD.—Bueno. Tal vez podamos discutirlo después de la cena.

RADFERN.—Tal vez. Pero me parece que después de cenar voy a estar bastante ocupado. A propósito, ¿no se le ocurrió nunca ser representante de útiles de oficina?

HAROLD.—No es esa mi especialidad. Pero sé lo que es un coche solo con mirarlo. Y en esta materia hay negocios que no están más que esperando que alguien los recoja.

RADFERN.—Con tal que se pueda depositar algún dinero. Nada más que depositarlo, ¿eh?

HAROLD.—Nada más que eso. Vea usted...

RADFERN.—*(Deteniéndolo.)* Después de cenar. *(Entra* ELSIE *se-*

guida por FLETTEN, *hombre de edad mediana, jovial, ruidoso, de un medio social algo inferior a los que han aparecido hasta ahora. Lleva sombrero.)*

FLETTEN.—Buenas noches, míster Radfern.

RADFERN.—Buenas noches, Joe. Ya sabía que se pasaría por aquí.

FLETTEN.—*(A* HAROLD.) Buenas noches. Me parece haberlo visto aquí antes, ¿no?

HAROLD.—*(De mal humor.)* Creo que sí. Buenas noches.

FLETTEN.—Siento haber tardado tanto, míster Radfern. Pero este invernadero mío me da muchos engorros y quería pedirle algunas indicaciones sobre...

RADFERN.—*(Apresuradamente.)* Los tomates. Venga entonces, le voy a enseñar cómo los tengo yo. *(Se dirigen a la puerta del fondo.)*

FLETTEN.—*(Siguiéndolo.)* No lo detendré más que un minuto. *(Alegremente, a* ELSIE *y* HAROLD.) Este asunto de los invernaderos es una manía terrible, palabra. Lo tiene a uno ocupado todo el tiempo, todo el tiempo. *(Salen.)*

HAROLD.—*(Refunfuñando, en voz baja.)* Es de esperar que este tipo no se quede por varias horas.

ELSIE.—*(Acercándose a él.)* No, no se va a quedar mucho. Pero es un clavo, sin embargo. Ahora viene dos o tres veces por semana para ver el invernadero de papá. ¡Oh!, Harold, tengo la esperanza de que se arregle todo.

HAROLD.—Debería arreglarse. Lo malo es que me parece que no le gusto mucho a tu padre.

ELSIE.—Ya le gustarás cuando te conozca mejor. Lo que pasa es que papá es un poco tonto, eso es todo.

HAROLD.—Y no estoy seguro de que él a mí me guste mucho tampoco.

ELSIE.—¡Oh!..., papá no es malo... cuando se lo conoce. Es aburrido, pero es bueno y haría cualquier cosa por mí. De mamá es de quien tengo miedo. Con papá todo es fácil. *(La puerta se abre y* MISTRESS BAXLEY *asoma.)*

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh!... ¿Solitos?

ELSIE.—*(No muy contenta.)* Sí, puedes entrar. (MISTRESS BAXLEY *entra, dejando la puerta abierta.)* Vino míster Fletten y papá se volvió con él al invernadero.

MISTRESS BAXLEY.—No comprendo qué es lo que tu padre ve en ese hombre. A mí me parece vulgar.

HAROLD.—Sí, parece el ayudante de un corredor de apuestas.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con dignidad.)* No he visto nunca a un ayudante de esos. (BAXLEY *se asoma a la puerta.)* Está bien, Bernard, no tienes por qué quedarte ahí con ese aire atontado. Puedes entrar. *(Entra* BERNARD.) ¿No les parece que podríamos disponernos a comer?

BAXLEY.—¡Buena idea!

ELSIE.—Sí. ¿Por qué no?

MISTRESS BAXLEY.—Aunque temo que si la comida está aquí toda preparada se le pueda ocurrir a tu padre la idea de invitar a ese Fletten. Y no queremos que eso suceda, ¿verdad?

ELSIE.—No, por Dios.

HAROLD.—No, no queremos que haya nadie más, si es posible impedirlo.

BAXLEY.—¡Eso es!

ELSIE.—Pero no va a quedarse. No se queda nunca. Podemos arriesgarnos.

MISTRESS BAXLEY.—Entonces ven, Bernard. No te quedes ahí sentado. (BAXLEY, MISTRESS BAXLEY *y* ELSIE *acercan la mesa, apartando la mesita que tiene las cartas extendidas, y ponen los mantales.* ELSIE *va a la cocina para buscar algo y* BAXLEY *puede traer el «whisky» y la cerveza, que están en el aparador.* HAROLD *se queda de pie, observando todo con un aire más bien altivo.* MISTRESS BAXLEY *a* ELSIE.) Por qué no quiere tu padre tener una sirvienta en la casa, es cosa que no comprendo. Podría muy bien permitírselo.

BAXLEY.—Podría permitirse dos o tres, creo yo.

ELSIE.—Es una de sus pequeñas manías. A mamá no le importa. Ella y la asistenta se arreglan fácilmente... con mi ayuda.

MISTRESS BAXLEY.—*(Irónicamente.)* Me alegro de que hayas dicho «con tu ayuda».

ELSIE.—Yo no tengo la culpa de que me retengan en casa, aparentando que ayudo a mamá, en vez de tener algún trabajo fuera. A mí me gustaría mucho más.

BAXLEY.—Ahí vienen. *(Entran* RADFERN *y* FLETTEN. *La mesa, ahora, está en el centro de la escena, tiene cinco cubiertos. La comida consiste en unas lonjas de jamón y de lengua, patatas frías, compota de frutas con crema, pan y manteca. Para beber, «whisky», cerveza y un jarro de limonada. Va oscureciendo rápidamente.)*

FLETTEN.—*(Festivo.)* Bueno, bueno: está preparado el banquete.

RADFERN.—Quédese a comer con nosotros, Joe.

FLETTEN.—*(Dirigiéndose a la puerta.)* No, gracias, míster Radfern. Tengo que irme. Entonces, pasaré mañana por la tarde.

RADFERN.—Sí, pase. A cualquier hora después de las ocho.

FLETTEN.—*(Volviéndose al llegar a la puerta hacia* MISTRESS BAXLEY.) Hermoso tiempo, ¿no? ¡Vaya si es hermoso! Buenas noches a todos. Buenas noches. *(Los demás murmuran «buenas noches».* RADFERN *sale con él.)*

MISTRESS BAXLEY.—*(En voz baja, pero con fuerza.)* Me hizo dar un salto con su «hermoso tiempo». A mí me resulta muy vulgar.

BAXLEY.—*(Repitiendo la frase de* FLETTEN.) «Está preparado el banquete.» ¡Qué manera de hablar! Parece que no vio nunca una mesa puesta para la comida.

MISTRESS BXLEY.—Puede que sea así.

BAXLEY.—Lo que pasa es que nunca vio nada del mundo.

ELSIE.—¡Oh!, no es más que uno de los viejos tontos que reúne papá. Si no fuese por el invernadero no vendría nunca.

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, si es eso lo que se obtiene cuidando invernaderos, me alegro de no tenerlos.

ELSIE.—*(En voz baja.)* Recuerda, Harold. Tienes que conseguir la respuesta de papá esta noche.

HAROLD.—Sí, ya lo sé, ya lo sé.

MISTRESS BAXLEY.—Y, Bernard, no lo olvides..., después de cenar...

BAXLEY.—Déjalo por mi cuenta. *(Entra* RADFERN *y enciende las luces. Es importante que la mesa esté bien iluminada.)*

RADFERN.—*(Cordialmente.)* Necesitamos luz sobre el particular. Y mucha luz. *(Se acerca.)* ¿Está la comida? ¡Muy bien! Mirad estos tomates. Aquí mismo maduraron. Iluminan toda la mesa.

MISTRESS BAXLEY.—Si te entusiasmas así por unos tomates me alegro de que no cultives ananás. No sé lo que sucedería.

RADFERN.—*(Mirando la mesa.)* Jamón, lengua, ensalada, cerveza. Todo en su sitio y precisamente lo que yo quería. Sentémonos. Vamos, venid todos. *(Se sienta en el orden siguiente:* RADFERN *bien de frente al público,* ELSIE *a un lado,* MISTRESS BAXLEY *al otro. Luego* HAROLD *al lado de* ELSIE, *y* BAXLEY *al lado de* MISTRESS BAXLEY. RADFERN *les sirve el fiambre y ellos se sirven la ensalada, haciendo unas observaciones convencionales entre el bullicio. Pero cuando empieza el diálogo todos están quietos y atentos.)*

BAXLEY.—Este jamón parece bueno, George.

RADFERN.—*(Cordialmente.)* Espero que lo sea de verdad, Bernard. ¿Sabes?, no hay comida en toda la semana que yo coma con tanto gusto como la del domingo por la noche. Y no sabría decirte por qué. A menos que sea por lo íntima y apacible.

ELSIE.—*(Con cierto matiz de desprecio.)* Tú siempre estás por lo íntimo y apacible. ¿Verdad, papá?

RADFERN.—*(Con fingida humildad.)* Me temo que sí. No soy como todo todos ustedes.

MISTRESS BAXLEY.—No me cuentes entre ellos. Yo no quiero aventuras de ningún género. Yo solo quiero tener entradas regulares.

HAROLD.—Eso a todos nos gustaría.

RADFERN.—Sí, yo creo que les gustaría. Pero hoy día no es tan fácil.

BAXLEY.—*(Con ruidosa complacencia.)* No es tan fácil si uno es honrado. Esta es la cuestión. A mí me gusta el dinero tanto como al que más, pero tiene que ser dinero limpio.

HAROLD.—*(Del mismo modo.)* Claro. Yo soy igual. Ni lo toco si no es así.

MISTRESS BAXLEY.—¡Dios mío! Naturalmente.

BAXLEY.—He tenido muchas oportunidades de las otras. Montones de oportunidades...

RADFERN.—*(Irónicamente.)* ¡No me digas, Bernard! ¿De veras?

BAXLEY.—Sí, George. Pero siempre las he rechazado. Dinero manchado, ni lo tocaría.

HAROLD.—Yo no lo tocaría ni con pinzas. Y también yo he tenido algunas ocasiones..., en mi negocio las hay; pero soy como usted: dinero dudoso no quiero ni verlo.

ELSIE.—Y tengo la esperanza de que sigas así, Harold.

HAROLD.—Claro que seguiré.

BAXLEY.—*(Sentencioso.)* Es la única cosa... Suceda lo que suceda hay que quedarse en el camino recto.

RADFERN.—Bueno, muchachos, me alegro de que tengan ustedes tales sentimientos. Yo también los tuve en otros tiempos.

ELSIE.—¿Qué quieres decir, papá?... ¿En otros tiempos?

RADFERN.—Quiero decir en aquellos tiempos en que estaba yo en el comercio del papel al por mayor.

BAXLEY.—Pero ¡si sigues trabajando en el comercio del papel al por mayor!

RADFERN.—¿Cómo lo sabes?

BAXLEY.—Siempre lo entendí así.

RADFERN.—Pues no es así. Hace años que lo dejé.

BAXLEY.—Pero... ¡si siguen allí la firma y la oficina!

RADFERN.—¡Oh!, seguí con eso; pero ha quedado reducido a una mera pantalla. ¿Quieres darme la mostaza, Elsie?

ELSIE.—Pero yo nunca supe que hubieses cambiado de negocio.

RADFERN.—¿No? No me parece que este jamón sea tan bueno como el anterior. Tengo que decírselo a tu madre, Elsie.

ELSIE.—Pero escucha, papá. ¿Mamá sabe que ya no estás en el negocio del papel?

RADFERN.—No, no lo sabe. Y no quiero que se repita ante ella una sola palabra de todo esto. Es un poco anticuada en ciertas cosas y podrían trastornarla. Si ustedes me preguntan lo que quieran, les contestaré con toda franqueza, pero a ella... ni una palabra. Si no me lo prometen ustedes, cambiamos de tema.

HAROLD y ELSIE.—*(Juntos.)* Lo prometo.

MISTRESS BAXLEY.—Yo también.

BAXLEY.—De acuerdo.

RADFERN.—¿Palabra de honor? *(Todos murmuran su consentimiento.)* Bueno, está decidido. A ella ni una palabra. ¿Qué es lo que quieren saber?

ELSIE.—Papá, ¿cuándo dejaste tu antiguo negocio?

RADFERN.—¿Recuerdas que hace unos cuatro o cinco años estuvimos en grandes apuros?

ELSIE.—¿Fue aquel año en que no salimos de veraneo?

RADFERN.—Sí, nos quedamos en las rocas, sin bajar a la playa. Estábamos al borde de la bancarrota. Bueno, pues entonces fue cuando terminé con el negocio del papel.

HAROLD.—¿Y qué había sucedido?

RADFERN.—¡Oh!, me debatí en el negocio desde que volví de la guerra. Trabajé como un esclavo. Luego vino la depresión y me

esclavicé aún más. Pero estábamos bien relacionados en el comercio de papeles finos. Y había alguien que quería quedarse con ello: una gran empresa. Me hicieron una oferta. No me agradó, ni tampoco me gustaba el tipo que me la hizo. La rechacé. Entonces esta gran empresa me hundió..., ¿cómo?, no importa..., pero lo consiguió. Por supuesto, ganaron. Era un tipo inteligente, luego le dieron un título... al gran sinvergüenza.

BAXLEY.—¿Y luego qué?

RADFERN.—Bueno, después de haber probado con la honestidad, decidí probar con lo otro.

MISTRESS BAXLEY.—¿Lo otro?

RADFERN.—Sí.

MISTRESS BAXLEY.—¿No querrás decir la deshonestidad?

RADFERN.—Sí, eso es lo que quería decir.

BAXLEY.—Nos estás tomando el pelo.

RADFERN.—En absoluto.

MISTRESS BAXLEY.—Entonces, ¿nos vas a decir que eres deliberadamente deshonesto?

RADFERN.—Eso es lo que estoy diciendo.

ELSIE.—Pero, papá, esto es ridículo. Hablas como si fueras un estafador.

RADFERN.—*(Con desenfado.)* Pues eso es. Soy un estafador.

MISTRESS BAXLEY.—¡Un estafador!

RADFERN.—Sí, un estafador. Un delincuente. Un enemigo de la sociedad. *(Todos lo miran boquiabiertos.* ELSIE *es la primera en reponerse.)*

ELSIE.—*(Levantándose.)* Papá, estás bromeando.

BAXLEY.—Claro que sí. Pero ya basta, George. Ya te hemos reído la gracia.

RADFERN.—*(Con seria tranquilidad.)* Hablo en serio, Bernard. No es chiste. ¿Un poco más de ensalada, Elsie?

ELSIE.—*(Clavando en él sus ojos y balbuciendo.)* No, gracias, papá. No tengo muchas ganas.

RADFERN.—Vamos, nada de eso. No consientas que haya nada que te impida comer. Este es uno de mis lemas. ¿Qué le parece, Harold?

HAROLD.—*(Aturdido.)* Sí..., míster Radfern..., me parece una buena idea.

MISTRESS BAXLEY.—*(Solemne.)* George Radfern: para mí no tienes cara de estafador.

RADFERN.—Ya, pero no se puede juzgar por las apariencias. ¿Por qué creen ustedes que Joe Fletten viene a casa?

MISTRESS BAXLEY.—¿Te refieres a ese hombre que viene para hablarte de invernaderos?

RADFERN.—Eres muy inocente si crees que Joe Fletten sabe algo de invernaderos. Solo con mirarlo se ve que jardinero no es.

MISTRESS BAXLEY.—Entonces, supongo que es otro estafador.

RADFERN.—Claro que sí. Y empedernido. Trabaja a mis órdenes en la organización. *(A* MISTRESS BAXLEY.) ¿Un poco más de lengua?

MISTRESS BAXLEY.—No puedo ni terminar lo que ya tengo en el plato.

ELSIE.—Papá, ¿hablas realmente en serio?

RADFERN.—Claro que sí. Todo centavo que ha entrado en esta casa durante los últimos años ha sido ganado deshonestamente.

BAXLEY.—¡Dios mío!

RADFERN.—*(Fríamente.)* Dinero sucio. Lo habéis comido y bebido y os ha vestido y alojado y llevado al cine y a la playa. Si hubiera seguido tratando de ganarme la vida honradamente, no sé dónde estarías ahora, Elsie. Pero con este sistema, ya no ves: estamos tan bien que Harold de un lado y tu tío Bernard de otro... esperan que les preste varios cientos de libras a cada uno, con garantías muy dudosas.

HAROLD.—¡Oh!, escuche usted...

ELSIE.—Pero, papá, ¿qué es lo que estás haciendo?

MISTRESS BAXLEY.—¿Es que te has puesto a asaltar casas?

RADFERN.—¿Asaltar casas? De ninguna manera. ¿Tengo yo cara de hacer eso?

MISTRESS BAXLEY.—No. Pero es que yo tampoco te veo cara de estafador.

ELSIE.—*(Implorante.)* ¡Como que no lo eres! ¿Verdad, papá?

RADFERN.—Ya te lo he dicho..., lo soy. Y al menor descuido..., un solo descuido nada más..., y estoy frito.

MISTRESS BAXLEY.—*(Aterrada.)* ¡La cárcel!

RADFERN.—Sí. Y por una buena temporada.

ELSIE.—*(Mirándolo con miedo y alarma.)* ¡Papá!

BAXLEY.—Pero, escucha, George, ¿qué es lo que haces?

RADFERN.—Bueno, se podría definir como política personal inflacionista.

ELSIE.—No sé lo que significa eso.

MISTRESS BAXLEY.—Ni yo tampoco.

ELSIE.—¿Y tú, Harold?

RADFERN.—Querría un poco de esa compota, Elsie. Más vale quitar esos platos. *(Hace un movimiento.)*

ELSIE.—*(Apresurándose.)* No, déjame a mí, papá.

MISTRESS BAXLEY.—¡Compota!

RADFERN.—Eso es, compota. ¿Qué les parece?

MISTRESS BAXLEY.—No es momento para compota.

RADFERN.—Sí que lo es. ¿Cuándo la quieres, si no?

BAXLEY.—No es eso lo que quería decir, chico. A ella le gusta mucho la compota.

RADFERN.—¡Muy bien! Y fíjate, esto es verdadero ruibarbo de jardín.

MISTRESS BAXLEY.—No quiero ruibarbo de jardín. Quiero la verdad.

RADFERN.—Bien, Lucy. Tendrás la verdad y además ruibarbo de jardín, con crema, si te gusta.

MISTRESS BAXLEY.—¡Crema! (ELSIE *pone los platos usados en el aparador y luego empieza a servir la compota y la crema.)*

BAXLEY.—Pero ¿en lo que se refiere al asunto de la inflación?

RADFERN.—¡Ah, eso! Bueno, mucha gente cree que esta depresión en los negocios se debe a la escasez de dinero en circulación. Es como pujar con fichas y darse cuenta de que no hay bastante para todos. Nuestra organización..., mis socios y yo... nos hemos ocupado tranquilamente estos últimos años de remediar ese lamentable estado de cosas. Empezó en América..., con la imitación y falsificación de bonos y billetes..., y luego se desarrolló aquí; pero últimamente el grupo americano pasó por malos tiempos y tuvo que parar casi por completo. Aquí, en cambio, trabajamos bien, y a veces creo que en Inglaterra irían peor las cosas a no ser por nosotros. El caso es que se podría decir que contribuimos como podemos.

BAXLEY.—*(Aterrado.)* ¡Imitando y falsificando bonos y billetes!

HAROLD.—*(Igual.)* ¡Válgame Dios!

RADFERN.—*(Con sangre fría.)* Es un trabajo sumamente interesante. Empieza como un arte y termina como negocio lucrativo.

ELSIE.—Pero ¿es en serio?

HAROLD.—¡Sí, es «en serio»!

RADFERN.—Uno de los crímenes más serios del código, Elsie. ¿Ves?, a los bancos no les gusta, y lo que no les gusta a los bancos tiene que ser un crimen serio en estos tiempos, como el sacrilegio en el medievo.

ELSIE.—¿Y tú estás metido en eso?

RADFERN.—Me ocupo de eso; no estoy metido en eso. Pude entrar en la organización, al principio, porque disponía casualmente de papel de la calidad requerida. Desde entonces pertenezco al personal. Ahora me toca la distribución. Esto me hará pasar unos días fuera. Salgo para Birmingham mañana temprano.

MISTRESS BAXLEY.—¡Cómo! ¿Te vas a Birmingham para esa estafa?

RADFERN.—¿Por qué no? Si puedo hacerlo en Londres, puedo hacerlo en Birmingham. Birmingham no tiene nada de especialmente sagrado, ¿verdad?

ELSIE.—¿Pero es cierto que la Policía anda detrás de ti?

BAXLEY.—No seas tonta, Elsie. Es completamente seguro que la Policía anda detrás. Imitar bonos y billetes es un delito terriblemente serio.

RADFERN.—*(Con calma.)* Creo que le hemos dado a Scotland Yard el caso más importante y más molesto de estos últimos años. ¡Que si andan detrás de nosotros! Claro que andan. Detectives, policías, bancarios, magistrados, jueces, el Tesoro, el Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea. Ni siquiera la Sociedad de Naciones está de nuestro lado.

BAXLEY.—Lo que no comprendo es cómo te las has arreglado para llevar tanto tiempo sin que te descubran.

RADFERN.—En parte fue suerte, en parte buena organización. Claro, uno nunca puede saber lo que está sucediendo del otro lado. Es posible que hayan tendido una red que en este momento se esté cerrando sobre nosotros. *(El teléfono llama muy fuerte e insistentemente.)*

ELSIE.—*(Con un pequeño grito.)* ¡Oh!... ¿Qué es eso? *(Se levanta.* MISTRESS BAXLEY *se levanta a medias y* HAROLD *empuja su silla por detrás.)*

RADFERN.—*(Con sangre fría.)* Es el teléfono. Yo contestaré. ¿Hay por ahí un poco de queso para mí? *(Va al teléfono.)* No... No es aquí... Bueno, no puedo evitarlo. Número equivocado. *(Vuelve a su sitio.)* Me preguntó si era el Hospital de Perros del Norte de Londres.

ELSIE.—¡Oh..., me dio un susto!

RADFERN.—Lo siento; pero, después de todo, tú querías un poco de excitación, ¿verdad?

BAXLEY.—*(Solemne.)* George, podría ser alguien que esté siguiendo tu pista hasta dar contigo.

HAROLD.—Sí que podría ser.

RADFERN.—Pero, por otro lado, también puede no serlo. Si seguir la pista a uno consiste en llamarlo por teléfono y preguntarle si es el Hospital de Perros, podríamos ser todos unos Sherlock Holmes.

ELSIE.—*(Con admiración.)* Y, después de todo, no creo que se les ocurra buscar estafadores en Shooters Green.

RADFERN.—Sí que podría ocurrírseles. No tienen tus ideas, Elsie. Los que practican infracciones de la ley tienen que vivir en algún sitio. ¿Y por qué no en Shooters Green y en El Retamal? Un día se llevaron a aquel abogado que vivía en Stella Maris y le echaron un par de años. Esto fue un preludio. Es muy probable que haya algún otro más de los nuestros en El Retamal que acabará yendo también. (HAROLD *empuja su silla hacia atrás y se levanta.* RADFERN, *extrañado, dice:)* ¡Eh! ¿Qué pasa?

HAROLD.—*(Balbuciendo.)* Tengo que irme.

ELSIE.—*(Decepcionada.)* ¡Harold!

HAROLD.—Lo siento, pero tengo que irme.

RADFERN.—¿Qué tal esa pequeña conversación que pensábamos tener? Quedará para otra vez, ¿no?

ELSIE.—*(Acercándose a él.)* Pero, Harold, no puedes irte así.

HAROLD.—*(Balbuciendo.)* Lo siento, pero se hace tarde y estoy muy cansado... *(Va hacia la puerta.* ELSIE *le corta el paso y pone la mano en su brazo.)*

ELSIE.—¡Oh!... Pero, Harold.

HAROLD.—*(Soltándose de ella y alzando la voz histéricamente.)* Déjame en paz. Te digo que tengo que irme. Buenas noches. *(Sale apresuradamente y* ELSIE *lo sigue. Los demás los observan y luego*

quedan con los ojos clavados en la puerta. Después de un rato se oye un portazo. Luego, ELSIE *abre la puerta y aparece en el umbral, con aire compungido.)*

MISTRESS BAXLEY.—¿Se fue?

ELSIE.—*(Llorosa.)* Sí. Y yo me voy a acostar. Buenas noches.

RADFERN.—*(Grave.)* Escucha, Elsie.

ELSIE.—*(Moviendo la cabeza.)* No, no quiero más por ahora. No puedo, papá. Buenas noches. *(Cierra la puerta y desaparece.)*

RADFERN.—*(Siguiéndola con la mirada.)* ¡Pobre chica! Me temo que esta noche haya recibido más de lo que pedía.

MISTRESS BAXLEY.—*(Agria.)* Bueno, me parece que todos hemos recibido más de lo que pedíamos. Incluso este gran aventurero de Bernard.

BAXLEY.—*(Aterrado, mirando a* RADFERN.) Mira, George, por Dios, dinos ahora la verdad.

RADFERN.—*(Con seriedad.)* Estoy diciendo la verdad. No estoy en el comercio de papel al por mayor desde hace cuatro años. Todo esto *(Con un ademán.)* es el producto de actividades ilegales y delictivas. Dinero sucio, Bernard. Y tú lo has aprovechado bastante tiempo. Y me parece que te gustaría obtener otra buena porción, ¿no? Dinero sucio. Beneficios mal adquiridos. ¡Cuidado con hacerte cómplice!

BAXLEY.—*(Asustado.)* Tendré cuidado.

MISTRESS BAXLEY.—Esto me ha trastornado el estómago. Cada vez que vea a un agente de Policía me moriré de susto.

RADFERN.—¡Oh!..., olvídalo.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con enojo.)* ¡Olvidarlo! *(Llaman bruscamente a la puerta exterior.)* ¿Qué es eso?

RADFERN.—*(Con sangre fría.)* Puedo decirte lo que es. Es Dorothy, que ha vuelto a olvidar la llave exterior. No lo olvidéis vosotros. Ni una palabra.

BAXLEY.—*(Dirigiéndose a la puerta.)* Bueno, me voy arriba.

MISTRESS BAXLEY.—Yo también. No podría enfrentarme con ella esta noche.

BAXLEY.—Deja que nos vayamos primero.

RADFERN.—*(Casi empujándolos.)* Id, entonces. Daos prisa. *(Se apresuran a salir y él los sigue, deteniéndose un momento para encender su pipa. Luego sale y vuelve con* MISTRESS RADFERN, *una mujer de aspecto agradable, de poco más de cuarenta años.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Sorprendida.)* ¿Dónde están todos?

RADFERN.—Creo que Elsie tuvo una pequeña pelea con ese joven y se fue a acostar temprano para llorar.

MISTRESS RADFERN.—¿Crees que debo subir?

RADFERN.—No. Déjala. Ya se le pasará.

MISTRESS RADFERN.—Pero ¿dónde están Bernard y Lucy?

RADFERN.—Acaban de irse a acostar.

MISTRESS RADFERN.—Se retiraron muy temprano.

RADFERN.—*(Muy inocente.)* Sí, creo que querían hablar de algo.

MISTRESS RADFERN.—*(Quitándose el abrigo.)* Bueno, confieso, papi, que aunque Lucy sea mi hermana... no me desesperaría si hubieran subido para hablar de su marcha. Y sé que tú tampoco.

RADFERN.—No. Me consolaría. *(Empieza a recoger la vajilla.)* Voy a ayudarte un poco.

MISTRESS RADFERN.—No, tú siéntate y fuma tu pipa en paz, papi. Tienes que levantarte temprano mañana para ir de viaje, ¿no

RADFERN.—Sí. El primer tren para Birmingham.

MISTRESS RADFERN.—Ya ves. *(Va recogiendo las cosas, pero se detiene para decir cariñosamente.)* ¿Sabes, papi? A veces pienso que eres demasiado tranquilo y bonachón, pero..., ¡Dios mío!..., la señora de Repington dejó hoy escapar algunas cositas sobre su marido..., y venía yo pensando al volver para casa que debería estar agradecida de tener un buen viejo honrado y dormilón como tú.

RADFERN.—*(Echándole el brazo por el hombro.)* ¡Ah!... ¡Eso es hablar! *(El telón cae mientras van guardando los cubiertos.)*

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del primer acto. Al día siguiente por la mañana. La habitación tiene aire de amanecer.

ELSIE, todavía mal vestida, viene trayendo la leche. Al poco rato entra BAXLEY. Lleva una bata vieja y tiene el pelo revuelto y aire adormilado.

BAXLEY.—*(Bostezando.)* Buenos días.
ELSIE.—Buenos días, tío.
BAXLEY.—Me pareció oír que alguien se movía ya aquí abajo.
ELSIE.—Probablemente era yo.
BAXLEY.—Claro que eras tú. Pero como generalmente eres la última en bajar y no la primera... ¿Qué es lo que te hizo madrugar así?
ELSIE.—No podía dormir. Y tú, ¿por qué estás levantado, tío?
BAXLEY.—Pues porque yo tampoco podía dormir. Y de pronto recordé que tu papá se iba temprano a Birmingham.
ELSIE.—Ya lo sé. Se me ocurrió levantarme y prepararle el desayuno.
BAXLEY.—Esto es una nueva idea, ¿no?
ELSIE.—Sí. Es que la mujer que viene por la mañana, hoy no viene. Está enferma. Así que se me ocurrió levantarme y hacerlo yo.
BAXLEY.—Muy bien, muy bien. Pero, ¿sabes?, si estuviésemos en Oriente, un hombre como tu padre podría tener veinte sirvientas..., treinta. No tendría ni siquiera que mover el dedo meñique.
ELSIE.—Ya lo sé.
BAXLEY.—Ni el meñique.
ELSIE.—Aquí también podría, si quisiera.
BAXLEY.—Es muy probable, pero ahora ya comprendes por qué no quiere tener una sirvienta en la casa, ¿verdad?
ELSIE.—Sí.
BAXLEY.—Es demasiado inteligente para eso. Demasiado inteligente. Sabe lo que está haciendo. ¿Son estos sus zapatos?
ELSIE.—Sí.
BAXLEY.—No les vendría mal sacarles un poco de brillo.

ELSIE.—Yo iba a sacárselo.

BAXLEY.—No, no. Yo les daré un buen frote. Eso me entretendrá. Dame algo para lustrarlos, ¿quieres, Elsie? *(Se sienta con las zapatos, bostezando, y* ELSIE *le trae las cosas.)* Gracias. Ahora me voy a empeñar en hacer un buen trabajo. A tu papá le hará gracia. ¿Qué vas a darle de desayuno?

ELSIE.—Huevos pasados por agua. Es lo más fácil.

BAXLEY.—¿Cómo le gustan?

ELSIE.—No recuerdo.

BAXLEY.—*(Con reproche.)* Deberías recordar cómo le gusta a tu padre que se preparasen los huevos.

ELSIE.—¿Tú recuerdas cómo le gustaba a «tu» papá que se preparasen los huevos?

BAXLEY.—No seas tonta, Elsie, es muy diferente. Tú eres una muchacha. Además, ¡ha pasado ya tanto tiempo de cuando yo vivía con mi padre!

ELSIE.—¿Qué es lo que hacía tu papá, tío?

BAXLEY.—Era viajante en las provincias del centro. Iba de Wolverhampton a Stockport por cuenta de la Editorial Metodista Wesleyana, vendiendo libros de cánticos y premios para las escuelas dominicales. Tenía que asumir un aspecto religioso constantemente, así que siempre vestía de negro y llevaba una barba corrida, como los mormones. Y no fumaba ni bebía, así que tomaba pastillas para la tos a montones. Paquetes enteros. Apestaba a esas pastillas para la tos. Aún me parece olerlo. *(Husmeando.)* Era algo como una mezcla de melado y fósforos.

ELSIE.—¿Era bueno?

BAXLEY.—No. Era de un aburrimiento infernal.

ELSIE.—*(Lamentándose.)* Bueno, yo creía que mi papá era aburrido. ¡Ojalá lo fuera!

BAXLEY.—Pues no lo es.

ELSIE.—Ya lo sé, tío. ¿Tú crees que es cierto, pero de veras..., lo que papá nos dijo anoche?

BAXLEY.—Sí. Debe de serlo.

ELSIE.—¡Pero papá! ¡Trata de imaginártelo!

BAXLEY.—*(Con irritación.)* No hace falta que me digas que me lo imagine. Me he pasado imaginándolo... y hablando de ello... la mitad de la noche.

ELSIE.—Yo casi no he pegado los ojos.

BAXLEY.—No me sorprende.

ELSIE.—¡Sentí tal miedo en medio de la noche!

BAXLEY.—Si quieres saber mi opinión, tienes razón de sobra para asustarte.

ELSIE.—*(Rígida y en voz baja.)* Escucha, tío..., si lo pescan, ¿de veras lo mandan a la cárcel?

BAXLEY.—Ya lo creo. Le echarían años y años. Trabajos forzados.

ELSIE.—Pero ¡si antes no hizo nunca nada malo!

BAXLEY.—¿Qué importancia tiene si lleva haciendo eso tanto tiempo? Es un asunto importante. Se le echarían encima con todas sus fuerzas.

ELSIE.—*(Asustada.)* ¿De veras?

BAXLEY.—*(Con orgullo, mohíno.)* Lo despedazarían. Se le echarían encima. Trabajos forzados por años y años.

ELSIE.—Pero, tío..., ¡es horrible!

BAXLEY.—*(Empezando con toda solemnidad a limpiar el otro zapato.)* Bueno, hablando como un hombre experimentado que conoce el mundo..., esto es un zapato bien lustrado..., es bastante serio..., bastante serio.

ELSIE.—Y lo único que tienen que hacer es pescarlo.

BAXLEY.—Solo tienen que ponerle la mano encima una vez..., eso es todo. (ELSIE *lo mira con terror.* MISTRESS BAXLEY *entra a medio vestir y con aspecto de cansancio.* ELSIE *da un pequeño grito y se vuelve rápidamente.)*

ELSIE.—¡Oh, tía, me has dado un susto!

MISTRESS BAXLEY.—No me sorprende. Cualquier cosa la hace sobresaltar a una en esta casa. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

ELSIE.—Estoy preparando el desayuno de papá.

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, a mí se me ocurrió bajar a ver si podía hacer algo para él. Y tú, ¿qué estás haciendo, Bernard?

BAXLEY.—*(Muy despreocupado.)* ¡Oh, dándole un cepillazo a los zapatos de George.

MISTRESS BAXLEY.—¡Ten cuidado! Te expones a acabar limpiándome los míos. ¿Está hecho el té?... Porque confieso que no me vendría mal una taza. *(Se sienta con cansancio.)* ¡Qué noche!

BAXLEY.—*(Irritadamente.)* Ya lo sabemos, ya lo sabemos.

MISTRESS BAXLEY.—Elsie no lo sabe, ¿no? *(A* ELSIE.) Hacía años que no pasaba una noche así. Hablamos y hablamos de todo ello y luego pensamos y pensamos, y cuando por fin me dormí un momento me puse a soñar con policías..., cientos de policías.

ELSIE.—*(Angustiada.)* ¡Oh!... ¡No digas eso!

BAXLEY.—No. ¿Para qué empezar con eso ya a primera hora?

MISTRESS BAXLEY.—¿Empezar con qué?

BAXLEY.—Con hablar de policías.

MISTRESS BAXLEY.—Pero existen, ¿no? Y yo sé que ya no podré mirar de frente a un policía.

BAXLEY.—¿Y para qué quieres mirar de frente a un policía?

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh..., por favor!, no vuelvas a empezar. Ya dijiste bastante anoche.

BAXLEY.—Sí, cuando pude introducir una palabra al sesgo.

MISTRESS BAXLEY.—Eran las dos cuando tuve que pedirte que dejases de hablar al fin.

BAXLEY.—Sí, y eran las dos y media cuando volviste tú a empezar.

ELSIE.—*(Que ha ido hasta la puerta para cerrarla.)* Oídme, no digáis a nadie...

BAXLEY.—¡Qué idea!

MISTRESS BAXLEY.—*(Con indignación.)* ¡Cómo se nos va a ocurrir! Ya es bastante malo saberlo sin decírselo a nadie.

ELSIE.—Pero ni siquiera a mamá. No lo olvidéis.

MISTRESS BAXLEY.—¿No pretenderás hacerme creer que todo eso lo ha hecho durante tanto tiempo sin que tu madre lo sepa?

ELSIE.—Estoy segura de que no sabe nada.

MISTRESS BAXLEY.—Pues no comprendo por qué. Es mi hermana, y no creo que se le escapen muchas cosas. Y si no lo sabe, debería saberlo. Si tío se hubiese entregado a pasatiempos sospechosos de esa clase, yo lo habría sabido.

BAXLEY.—Tal vez lo hubieras sabido, y tal vez no.

MISTRESS BAXLEY.—¿Cómo has dicho?

BAXLEY.—Dije que tal vez sí, tal vez no.

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh!... ¿Y cuál ha sido entonces tu pasatiempo sospechoso?

BAXLEY.—Yo no he dicho que haya habido tal pasatiempo sospechoso. Solo dije que si lo hubiera habido, tú tal vez lo hubieras sabido, y tal vez...

MISTRESS BAXLEY.—No lo habría sabido. Ya te veo. Pues no hay ningún tal vez en eso. Lo habría sabido. Y no comprendo cómo se las ha arreglado George para ocultárselo a Dorothy.

BAXLEY.—*(Con melancólico orgullo.)* ¡Ah!..., en eso ha sido verdaderamente inteligente, ocultándoselo a ella y a nosotros y a todos. Ahí es donde se manifiesta su inteligencia.

ELSIE.—Sí, supongo que siempre ha debido de ser muy inteligente. Y yo nunca lo creí.

BAXLEY.—¡Ah!... Yo siempre tuve mi opinión propia sobre el particular.

MISTRESS BAXLEY.—Pues lo de su inteligencia nunca fue tu opinión.

BAXLEY.—Sí que lo fue. Desde hace tiempo tenía mis dudas.

MISTRESS BAXLEY.—Es la primera noticia.

ELSIE.—¡El agua! *(Corre a la cocina.)*

BAXLEY.—George tiene una enormidad de sesos.

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh!

BAXLEY.—Sí. Algunas cosas que me dijo lo demuestran. No se tomó el trabajo de decírtelas a ti.

MISTRESS BAXLEY.—Ya lo veo.

BAXLEY.—Muy bien hecho.

MISTRESS BAXLEY.—Pues no está tan bien. Y permite que te diga que nunca me dio la impresión de ser inteligente.

BAXLEY.—¡Ya! Pero ¿que sabes tú de eso?

MISTRESS BAXLEY.—Lo que sé es que si fuese más inteligente se lo habría guardado. Ya hizo bastante mal en decírnoslo a nosotros, pero también se lo dijo a ese chico amigo de Elsie. ¿Es eso ser inteligente?

BAXLEY.—Sí, si quería deshacerse de él. Y creo que eso es lo que buscaba.

MISTRESS BAXLEY.—Eso era. Pero ¿dónde estará ahora ese muchacho..., Harold?

BAXLEY.—En su cama, si tiene un poco de sentido común.

MISTRESS BAXLEY.—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Qué es lo que puede impedirle ir a la Policía y contárselo?

BAXLEY.—Eso ya lo discutimos anoche.

MISTRESS BAXLEY.—Pues discutámoslo otra vez esta mañana.

BAXLEY.—Te digo que no tiene verdaderas pruebas y que si fuese a la Policía se burlarían de él. Además, no irá. ¿Irías tú?

MISTRESS BAXLEY.—¿Yo? No digas tonterías. No querría ver a un policía en mucho tiempo. (ELSIE *vuelve con la tetera, que pone sobre la mesa.)*

ELSIE.—Por lo menos sé que le gusta el té cargado.

MISTRESS BAXLEY.—*(Oliscando la tetera.)* Menos mal, porque hasta que venga, el té se habrá puesto como tinta. A mí me gusta el té recién hecho.

ELSIE.—Tomarás una taza dentro de un rato, tía. Papá bajará pronto. Y ahora que sé que es tan inteligente, preferiría no saberlo. ¡Ojalá no hubiese dicho nunca que era aburrido y pesado.

BAXLEY.—¿Cómo podría volver a ser aburrido, si no lo fue nunca?

ELSIE.—*(Acongojada.)* Ya sabes lo que quiero decir.

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh!, no hagas caso a tu tío. No sabe lo que quiere decir nadie en este momento.

ELSIE.—Creo que yo lo provoqué todo anoche por decir que este era un lugar aburrido y estúpido, donde no sucedía nada.

MISTRESS BAXLEY.—Es probable que lo empezaseis tú y tu pretendiente.

BAXLEY.—No seas tonta. ¿Cómo iban a empezarlo si era ya cosa de años?

MISTRESS BAXLEY.—Todo ello estaba en las cartas.

BAXLEY.—Si estaba todo en las cartas, ¿por qué no nos lo dijiste?

MISTRESS BAXLEY.—Elsie, ¿no dije que tu papá iba a darnos una gran sorpresa?

BAXLEY.—Bueno, ¿de qué sirve decirnos que vamos a tener una gran sorpresa, si no nos dicen lo que es la sorpresa?

MISTRESS BAXLEY.—Si se supiera antes lo que va a ser, ya no sería una sorpresa, ¿no, sabihondo?

ELSIE.—El caso es que si yo anoche no hubiera empezado a decir todo lo que dije, no habríamos sabido nada de esto..., y saberlo es lo más horrible. No puedo dejar de pensar en ello continuamente.

MISTRESS BAXLEY.—Yo tampoco; yo tampoco.

ELSIE.—Además, queda... Harol.

MISTRESS BAXLEY.—¡Oh, sí! ¿Cómo lo tomará?

BAXLEY.—Ya viste cómo lo tomó anoche. *(En tono alto y complaciente.)* Debemos considerarlo así...

ELSIE.—Baja.

MISTRESS BAXLEY.—Calla, que está ahí. *(Los tres se ponen inmediatamente a la expectativa, rígidos como soldados esperando al general.* RADFERN *entra; presenta un aspecto alborotado y amable. Está completamente vestido, pero no calzado. Aparece en pantuflas.)*

RADFERN.—Buenos días. ¡Hola! ¿Qué pasa aquí? ¿Los tres levantados?

BAXLEY.—*(Respetuosamente.)* Buenos días, George.

RADFERN.—*(Secamente.)* Buenos días, Bernard. Espero que te encuentres bien, y tú también, Lucy. Buenos días, Elsie.

ELSIE.—Buenos días, papá.

MISTRESS BAXLEY.—*(Melancólica.)* ¿Cómo dormiste, George?

RADFERN.—*(Jovialmente.)* ¿Que cómo dormí? Como una marmota. Siempre duermo como una marmota. ¿Tú no?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con reproche.)* No esta noche. Ninguno de nosotros durmió bien.

RADFERN.—¿No? Entonces, ¿por qué os habéis levantado tan temprano?

ELSIE.—Se me ocurrió prepararte el desayuno, papá.

RADFERN.—Muy amable, Elsie; muy amable. ¿Y... este?... *(Mira burlonamente a los demás.)*

BAXLEY.—Bueno, chico, se me ocurrió echar una mirada a ver si había algo por aquí abajo que yo pudiese hacer. A veces me gusta ser útil, ¿sabes? Como dijiste que te ibas a levantar temprano...

RADFERN.—¿Son estos mis zapatos?

BAXLEY.—*(Con naturalidad.)* Sí. Es que acabo de darles un cepillazo.

RADFERN.—*(Mirándolos.)* Los limpiaste muy bien, Bernard. Gracias. ¿Y tú, Lucy?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con algo de desafío.)* ¡Oh!... A mí no tienes por qué darme las gracias. Yo bajé únicamente porque no podía dormir y tenía ganas de tomar una taza de té.

RADFERN.—Muy bien. ¿Y la tomaste?

MISTRESS BAXLEY.—No.

RADFERN.—Entonces, Elsie, dale en seguida una taza de té a tu tía. *(Mientras* ELSIE *sirve el té,* RADFERN *se sienta y mira a uno por uno irónicamente.)* Bien, bien, bien. Mis zapatos. El té preparado. Esto es estar servido como un príncipe. Es como estar en Oriente, Bernard.

BAXLEY.—¡Oh, no! Justamente estaba diciendo antes que un hombre como tú..., en Oriente..., tendría veinte o treinta sirvientes.

RADFERN.—No sabría que hacer con ellos.

ELSIE.—Papá, ¿cómo te gustan los huevos pasados por agua?

RADFERN.—Hace dos años que no veo un huevo pasado por agua, Elsie. Me hacen daño.

ELSIE.—*(Reprochándose a sí misma.)* Esto demuestra lo que me he fijado en tus cosas, ¿no?

RADFERN.—*(Abrazándola cariñosamente.)* No tiene importancia.

ELSIE.—¿Qué vas a tomar entonces como desayuno, papá?

BAXLEY.—Tienes que desayunar bien, George, si vas de viaje.

RADFERN.—¡Oh!..., yo siempre desayuno en el tren. Eso ayuda a matar el tiempo.

ELSIE.—¡Oh!..., pero yo preparé ya el té.

RADFERN.—Muy bien, tengo tiempo para tomar una taza de té. Muy agradable.

MISTRESS BAXLEY.—¿Adónde vas, George?

RADFERN.—*(Alegremente.)* Voy a Birmingham por todo el día... Asuntos.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* ¡Asuntos!

RADFERN.—Eso es lo que he dicho..., asuntos. No se te ocurrirá que vaya a Birmingham por placer, ¿no?

MISTRESS BAXLEY.—*(Siempre con amargura.)* No. Pero hay asuntos y... asuntos.

RADFERN.—¿Quieres decir que hay asuntos que son tuyos y otros que no lo son?

MISTRESS BAXLEY.—No..., no es eso.

ELSIE.—*(Con reproche.)* Ya sabes lo que quiere decir.

RADFERN.—No, no lo sé.

BAXLEY.—Negocios turbios. Eso es lo que quiere decir.

ELSIE.—Ya sabes... Las estafas.

RADFERN.—¡Estafas! ¡Estafas! ¡Vaya un modo de hablar, especialmente un lunes por la mañana! ¡Estafas!

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, ¿cómo lo llamas, entonces?

RADFERN.—Negocios. ¡No estafas! Eso sucede por ir demasiado al cine. ¿Qué pensarían si te oyesen en Ben Machree?

ELSIE.—*(Con seriedad.)* Pero, papá, si nos lo dijiste anoche.

RADFERN.—¡Oh!... Así que lo dije anoche, ¿no?

BAXLEY.—Ya sabes que anoche lo soltaste todo, George. Ahora ya no puedes zafarte. Lo sabemos.

ELSIE.—Y me he pasado la noche despierta pensando en ello. Tío Bernard y tía Lucy también.

BAXLEY.—No toda la noche.

MISTRESS BAXLEY.—Bueno, en toda la noche no callaste. Será que hablabas en sueños.

BAXLEY.—Y tú escuchabas en sueños.

RADFERN.—Un momento. Os voy a dar una buena regla, si es que queréis tener una vida agradable y tranquila...

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* ¿Cómo tú, George?

RADFERN.—Sí, como yo. Es una regla que acabo de inventar. Pero no importa. Alguien tiene que inventar las reglas.

BAXLEY.—Muy cierto, chico.

RADFERN.—La regla es esta. Nunca penséis ni habléis el lunes por la mañana de algo que se haya dicho el domingo por la noche.

ELSIE.—*(Entre risas y lágrimas.)* ¡Oh, papá!..., eso es tonto.

RADFERN.—No, no lo es. El lunes por la mañana hay que empezar con una página limpia, porque empieza una nueva semana.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* ¿Dijiste... una página limpia?

RADFERN.—Sí..., eso dije.

MISTRESS BAXLEY.—*(Enfadada.)* Bueno, ¿cómo puedes hablar así, George Radfern, después de todo lo que nos dijiste anoche, y con la Policía, que tal vez estaba ya dispuesta a entrar aquí en cualquier momento para llevarnos... *(Se oye un golpe tonante en la puerta.* MISTRESS BAXLEY *calla y da un pequeño grito.)* ¿Qué es eso?

RADFERN.—*(Con calma.)* El cartero.

ELSIE.—*(Apresuradamente.)* Voy. *(Sale rápidamente.* RADFERN *enciende su pipa.)*

RADFERN.—*(Mirando el reloj.)* ¿Qué hora es? ¡Oh!..., tengo tiempo. *(Empieza a ponerse los zapatos.)*

BAXLEY.—*(Respetuosamente.)* ¿Te puedo ayudar en algo, George?

RADFERN.—No, no creo; gracias, Bernard. Ya hiciste bastante. Mira qué zapatos. No debes mimarme tanto por el mero hecho de que no me gane la vida honradamente. *(*ELSIE *vuelve con tres cartas, dos de las cuales pone sobre la mesa.)*

ELSIE.—Dos para ti, papá. Esta es para mí.

BAXLEY.—¿Nada para nosotros, entonces?

MISTRESS BAXLEY.—¿Y qué podría haber para nosotros?

BAXLEY.—No sé. Pensé que pudiese haber escrito alguno de los muchachos.

MISTRESS BAXLEY.—¿Qué muchachos?

BAXLEY.—Pues... los muchachos.

MISTRESS BAXLEY.—Ya lo había oído.

BAXLEY.—Bueno, entonces si me oíste... cállate la boca. *(*ELSIE *abre su carta, lee, luego da un grito agudo de congoja.)*

RADFERN.—¿Qué pasa?

ELSIE.—*(Acongojada.)* Es de Harold. Dice que no quiere... ¡Oh, todo ha terminado!

RADFERN.—*(Acercándose.)* No le hagas caso, Elsie.

ELSIE.—*(Llorando.)* Pero ¿no comprendes...?

RADFERN.—*(Dulcemente.)* Escucha, Elsie. De veras, no vale la pena de que te preocupes por él.

ELSIE.—*(Llorando e interrumpiéndolo, enfadada.)* Es culpa tuya. Lo hiciste adrede. ¡Oh! *(Se echa a llorar, empuja a* RADFERN *y va rápidamente hacia la puerta que lleva al interior de la casa. Antes que* ELSIE *llegue a la puerta, aparece en ella* MISTRESS RADFERN.*)*

MISTRESS RADFERN.—*(Sorprendida.)* ¿Qué pasa?

ELSIE.—*(Llorando.)* Todo. *(*ELSIE *sale, empujándola.* MISTRESS RADFERN *la sigue un momento con los ojos, luego mira a los demás.)*

MISTRESS RADFERN.—¿Quiere alguno de vosotros decirme lo que está pasando en esta casa? Elsie levantada temprano. Vosotros dos también. Elsie llorando. ¡Por el amor de Dios!, ¿qué pasa?

RADFERN.—Deja a Elsie, mami. Son cosas de ese muchacho..., ese Harold charlatán, mentecato, fofo y sin espinazo.

MISTRESS RADFERN.—¿Qué es lo que ha hecho?

RADFERN.—Acaba de recibir una carta de él. Han tenido algo así como una pelea y ha roto con ella.

MISTRESS RADFERN.—¡Ah, es eso! Me gustaría decirle algo a ese joven. ¡Qué fácilmente cambia de ideas!

RADFERN.—No las tiene. Ya me di cuenta en seguida.

MISTRESS RADFERN.—Pero ¿por qué ha de acongojarse tanto? ¿Quién es..., quisiera yo saber..., para burlarse así de ella y pelearse de ese modo?

RADFERN.—No vale nada.

BAXLEY.—Claro que no. Yo estuve a punto de decírtelo.

MISTRESS BAXLEY.—Lástima que no nos digas todo lo que sabes.

RADFERN.—Mira, mami, no le digas nada. Déjala.

MISTRESS RADFERN.—Está bien. Pero no quiero que se pase el día llorado.

RADFERN.—¿No podrías llevarla a pasar el día en cualquier siti? ¿Ir al centro, de compras..., cualquier cosa?

MISTRESS RADFERN.—Hoy no me es posible, papi. Tengo mucho que hacer y prometí a mistress Repington que iría a sustituirla en la agencia de colocaciones hoy por la mañana.

RADFERN.—Bueno, tú, Lucy, no haces nada hoy por la mañana, ¿verdad?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* No, no hago más que divertirme.

RADFERN.—Pues diviértete un poco más. Tú y Bernard podéis llevaros a Elsie al centro. Miráis los escaparates, vais al cine...

MISTRESS BAXLEY.—¿Para ver una de esas películas de estafadores, supongo?

RADFERN.—*(Jovial.)* Eso es. Buscáis una buena película de estafadores. Será un cambio muy agradable, saliendo de este suburibo tan aburrido Aquí tenéis. *(Saca de su billetera dos billetes de una libra.)* Tomad estos y le ayudáis a gastarlos.

MISTRESS BAXLEY.—*(Aceptando los billetes, pero mirándolos con sospecha.)* ¿Son buenos..., supongo?

RADFERN.—Vamos..., no te van a morder.

MISTRESS RADFERN.—Pero es demasiado, papi.

RADFERN.—¡Oh!..., déjalos gastarlos.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* Quedan más en su lugar de procedencia, me imagino.

MISTRESS RADFERN.—¡Vaya un modo de hablar, Lucy!

MISTRESS BAXLEY.—*(Con mal gesto.)* Te pido perdón.

MISTRESS RADFERN.—Elsie se va a volver cada vez peor. Estoy segura de que ya ni sabe el valor del dinero. Oyéndola hablar creería una que no hay más que recoger el dinero en paquetes.

MISTRESS BAXLEY.—*(Ceñuda.)* ¡De veras!

RADFERN.—Buena idea esa del dinero en paquetes. ¿Qué te parece, Bernard?

BAXLEY.—*(Confuso.)* Esto..., sí..., claro. *(Ríe falsamente.)*

RADFERN.—Mejor que estar a ver lo que aparece. ¡Ojalá supiera yo dónde se puede recoger!

MISTRESS BAXLEY.—¿Por qué no pruebas en Birmingham?

RADFERN.—Me parece que voy a intentarlo. Ya es hora de que me vaya. Si alguien viene a buscarme decid que volveré a eso de las ocho. Es posible que venga Joe Fletten. Si viene, decidle que espere.

MISTRESS RADFERN.—¡Cómo! ¿Otra vez Joe Fletten? Va a acabar por no salir de aquí.

MISTRESS BAXLEY.—Parece que esos invernaderos ocasionan muchas molestias, ¿no?

RADFERN.—Tienes razón, Lucy; muchas molestias. Bueno, que paséis un día agradable y que tranquilicéis a Elsie. Ahora tengo que ir a ganarme un par de peniques honrados.

MISTRESS BAXLEY.—*(En tono profundamente reprobador.)* ¿Un par de qué?

RADFERN.—Dije «peniques honrados». Hasta luego. *(Mira a* BAXLEY *y a* MISTRESS BAXLEY *con sonrisa irónica, besa a* MISTRESS RADFERN *y sale rápidamente.)*

MISTRESS RADFERN.—No sé por qué se te habrá ocurrido bajar hoy tan temprano, Luchy; pero tengo la impresión de que esta mañana te has tirado de la cama con el pie izquierdo.

MISTRESS BAXLEY.—*(Enrizándose.)* ¡Oh!... ¿Por qué?

BAXLEY.—Bien sabes por qué, Lucy.

MISTRESS BAXLEY.—*(Severamente.)* ¡Cállate! *(A* MISTRESS RADFERN.) ¿Puedo preguntarte qué te pasa?

MISTRESS RADFERN.—Bueno, George te da unas libras para que saques a Elsie..., y, si quieres mi opinión, mucho más de lo necesario..., y lo miras a él y al dinero sin una palabra, sin darle las gracias, como si..., como si...

MISTRESS BAXLEY.—¿Como si qué?

MISTRESS RADFERN.—No sé. Como si lo hubiera robado o algo así, en vez de haberse pasado años trabajando con ahínco para ganarlo.

MISTRESSS BAXLEY.—Supongo que «habrá» trabajado años con ahínco para ganarlo, ¿no?

MISTRESS RADFERN.—Claro que sí. Te lo he dicho mil veces.

MISTRESS BAXLEY.—Sí, pero algunas veces me parece que está demasiado contento consigo mismo para ser un hombre que ha trabajado con ahínco durante tantos años.

MISTRESS RADFERN.—¿De veras? Pues ya ves que a «algunos» hombres no les importa para nada trabajar con ahínco.

MISTRESS BAXLEY.—Esa indirecta va por ti, Bernard. Te la dejo. *(Hace intención de salir.)*

MISTRESS RADFERN.—Podrías explicarme primero qué te pasa.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con fría dignidad.)* Creo que puedo ir al lavabo. *(Sale majestuosamente.)*

MISTRESS RADFERN.—¿Qué es lo que le pasa? La encuentro sumamente rara.

BAXLEY.—*(Incómodo.)* ¡Oh!... No durmió muy bien esta noche.

MISTRESS RADFERN.—*(De un modo significativo.)* Quizá no le viniese mal un cambio.

BAXLEY.—¡Oh, no! Quizá haya demasiado ruido y no bastante aire.

MISTRESS RADFERN.—*(Hostil.)* Hay todo el aire que se necesita en la casa.

BAXLEY.—*(Apresuradamente.)* Sí, pero eso depende. Según a lo que uno esté acostumbrado. ¿Comprendes? Cuando estábamos en Singapore...

MISTRESS RADFERN.—*(Fríamente.)* Un momento, Bernard. Os fue maravillosamente en Singapore, ¿no?

BAXLEY.—¡Oh, sí! Maravillosamente, maravillosamente.

MISTRESS RADFERN.—Pues, sin embargo, hay una cosa que pareces olvidar respecto a Singapore.

BAXLEY.—¡Oh, no!... Nunca podré olvidar nada de Singapore.

MISTRESS RADFERN.—Sí que hay una cosa de la que te olvidas.

BAXLEY.—¿Qué es?

MISTRESS RADFERN.—Olvidas que todavía sigue allí, esperándote. *(Va hacia la cocina.)*

BAXLEY.—*(Perplejo.)* ¿Eh? *(Cuando por fin comprende,* MISTRESS RADFERN *ha desaparecido en la cocina y el telón cae rápidamente.)*

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Ultimas horas de la tarde del mismo día. Al levantarse el telón la escena está vacía. Sobre la mesa central hay un libro, «El gran misterio del Banco», y un costurero. MISTRESS RADFERN entra y empieza a buscar algo en el costurero, finalmente saca una labor y se sienta con ella. Se oye el timbre de la puerta exterior y sale a abrir. Su voz y la del visitante se oyen al poco rato. Entra seguida por el INSPECTOR STACK, vestido de paisano, hombre de semblante inteligente, de unos cuarenta años y de modales firmes y autoritarios. A MISTRESS RADFERN le gusta su aspecto.

STACK.—Pasará el día de hoy solamente, ¿no?

MISTRESS RADFERN.—Sí. ¿No quiere sentarse?

STACK.—Gracias. *(Los dos se sientan.)*

MISTRESS RADFERN.—*(En tono de charla.)* Sí, se pasará el día en Birmingham por cosas de negocios. Va allí a menudo.

STACK.—Comprendo. ¿Sabe usted, por casualidad, a qué hora volverá esta noche?

MISTRESS RADFERN.—Dijo que a eso de las ocho.

STACK.—Bueno, si vengo después de las ocho, lo pesco.

MISTRESS RADFERN.—Seguramente. No creo que vuelva a salir. Dedicará la noche al invernadero o a la radio.

STACK.—*(Respetuosamente.)* Muy cuerdo, mistress Radfern. Ojalá me dejasen a mí unas noches tranquilas así.

MISTRESS RADFERN.—*(Gozando de la charla.)* ¡Oh!... mi marido siempre fue muy casero, ¿sabe? Sus negocios le obligan a salir y a veces a viajar, pero en cuanto regresa no quiere más que sus zapatillas, su pipa y su libro... o bien el invernadero o la radio.

STACK.—¿A ver si recuerdo?... Está en el comercio de papel, ¿no?

MISTRESS RADFERN.—Sí, en el comercio de papel al por mayor. No papel de diarios, ¿sabe?, sino papel para imprimir o para escribir. Y principalmente de muy buena clase.

STACK.—*(Sin expresión.)* Lo bastante bueno para que, digamos... billetes de Banco, ¿no?

MISTRESS RADFERN.—Me imagino que sí; pero no lo sé con seguridad. Lo que sé es que está en el comercio de papel al por mayor y que siempre estuvo en eso.

STACK.—¿Tendrá una oficina y un depósito en alguna parte de Londres?

MISTRESS RADFERN.—¡Oh, sí! Cerca de la Lonja de los Paños, ¿sabe?, al lado de Smithfield. Recuerdo que la única vez que fui era un día de mucho calor y llegaba hasta allí el olor de la carne de mercado de Smithfield... muy desagradable.

STACK.—Ya lo conozco. A mí nunca me gustó ese olor. Le quita a uno las ganas de comer su bisté. ¿Y ha podido trabajar bien a pesar de estos tiempos tan malos?

MISTRESS RADFERN.—Sí. Lo cierto es que no podemos quejarnos. Tuvo bastantes dificultades hace unos cuatro o cinco años... como muchos otros, ya sabe..., y sin tener la menor culpa...

STACK.—*(Con simpatía.)* ¡Ya! Tiempos difíciles, nada más.

MISTRESS RADFERN.—Eso es. Sin embargo, de entonces acá se ha recuperado maravillosamente. Lo cierto es que no podemos quejarnos, en absoluto.

STACK.—Y estoy seguro de que usted no se queja, mistress Radfern.

MISTRESS RADFERN.—¿Por qué lo dice?

STACK.—*(Con sonrisa cortés.)* Bueno, usted no parece una persona que acostumbre quejarse.

MISTRESS RADFERN.—*(Complacida.)* ¡Oh!, yo siempre pensé que hay que tomar las cosas por el lado bueno. Vivimos una sola vez, es lo que yo digo siempre, y debemos ver el lado bueno de todo. *(Con más energía, pero sin la menor rudeza.)* La verdad es que no sé por qué le cuento todo esto a una persona extraña. No sé por qué, verdaderamente. Vamos, usted no me dijo ni siquiera su nombre, ¿no?

STACK.—No. Perdone usted. Aquí está mi tarjeta. *(Se la da.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Leyendo.)* Inspector detective Stack, De-

partamento de Investigaciones Criminales. Nuevo Scotland Yard. ¡Dios mío!, ¿es usted de Scotland Yard? ¿Un detective? *(Pone la tarjeta en un lugar bien visible sobre la mesa.)*

STACK.—*(Sonriendo.)* Es lo que soy. ¿Lo parezco?

MISTRESS RADFERN.—La verdad, no sé. No había visto nunca a nadie de Scotland Yard. Pero el caso es que usted no parece policía.

STACK.—Algo es algo.

MISTRESS RADFERN.—¿Y qué es lo que quiere usted de mi marido?

STACK.—*(Suave y natural.)* Estoy haciendo unas averiguaciones, y se me ha indicado a míster Radfern como persona que podría suministrarme ciertos datos. Siento decepcionarla, pero no se trata de nada sensacional. Nadie ha sido asesinado. No han robado alhajas. Simplemente uno de esos casos comerciales aburridos y rutinarios.

MISTRESS RADFERN.—Pues estoy segura de que mi marido le ayudará, si es que puede. Y a él le va a divertir mucho conocer a alguien de Scotland Yard. Ya que le gusta tanto leer esas novelas policíacas. Acaba de hacerme leer con él una.

STACK.—Bueno, creo que míster Radfern tuvo algo con una de las firmas en cuestión hace varios años, y supongo que tal vez pueda facilitarme ciertos datos. Además, viaja mucho por un lado y por otro, ¿no?

MISTRESS RADFERN.—Sí, tiene que desplazarse, a veces.

STACK.—Birmingham, por ejemplo. Claro, eso no está muy lejos, ¿verdad?

MISTRESS RADFERN.—No. Ese es el punto más próximo. Pero a veces va a Liverpool y a Newcastle.

STACK.—¿Y a Escocia, supongo?

MISTRESS RADFERN.—Sí. A Glasgow tiene que ir bastante a menudo.

STACK.—¿De veras? Bueno, después de todo, no es tan molesto como tener que ir al extranjero, ¿no es cierto?

MISTRESS RADFERN.—¡Oh!, a veces también tiene que ir.

STACK.—¿Sí? Pues no me sorprende. Un amigo mío estaba en la misma rama del comercio y solía ir bastante a menudo a Amsterdam y Bruselas.

MISTRESS RADFERN.—Es precisamente adonde mi marido tiene que ir de cuando en cuando. Amsterdam y Bruselas. Seguramente conoce a ese amigo suyo.

STACK.—No me sorprendería.

MISTRESS RADFERN.—Tiene que preguntárselo, si vuelve esta noche.

STACK.—Lo haré. *(Se levanta.)* No quiero entretenerla más, mistress Radfern. Pasaré más tarde, si míster Radfern no tiene inconveniente en dedicarme una pequeña charla.

MISTRESS RADFERN.—Estoy segura de que no. *(Se oyen voces de gente que entra en la casa.)* Un momento. Es mi hija que vuelve

con mi hermana y su marido. Permítame que se los presente; les interesará mucho conocer a un detective de Scotland Yard. (STACK *consiente, sonriendo, y se queda en pie frente a la puerta.* ELSIE BAXLEY *y* MISTRESS BAXLEY *entran, llevando unos pequeños paquetes. Clavan la mirada en* STACK, *pero* MISTRESS RADFERN *empieza, juguetona, sin dejarles tiempo para hablar.)* Escuchad los tres. ¿A que no adivináis ninguno de vosotros quién es este caballero? *(Todos miran a* STACK *interrogantes.)*

MISTRESS BAXLEY.—*(Sombría.)* Nadie que yo pueda recordar.

BAXLEY.—La cara me parece conocida.

ELSIE.—No, no adivino.

MISTRESS RADFERN.—*(Contenta consigo misma.)* Pues es el inspector detective Stack, de Scotland Yard. (ELSIE, BAXLEY *y* MISTRESS BAXLEY *se convierten repentinamente en la imagen de la consternación, alarma y horror.* ELSIE *apenas logra sofocar un pequeño grito. La cara de* BAXLEY *se alegra. Los ojos de* MISTRESS BAXLEY *están a punto de saltar de sus órbitas.)* No hay por qué ponerse así. No podríais poner peores caras si hubiera venido para llevarnos a la cárcel. *(A* STACK.) Lo siento. Si han cometido algún delito, yo no estoy enterada.

STACK.—¡Oh!, esto no es nada. Estamos acostumbrados a que la gente nos mire así. Bueno, volveré luego para ver a míster Radfern. Buenas tardes. *(Va hacia la puerta, y* MISTRESS RADFERN *lo sigue para abrirla. Los demás, enmudecidos por el terror, se quedan de pie mirándolos.* MISTRESS RADFERN *vuelve en seguida.)*

ELSIE.—Mamá, ¿era realmente de Scotland Yard y quería ver a papá?

MISTRESS RADFERN.—Claro que sí.

BAXLEY.—¡Dios mío! Mira, Lucy, ve a hacer los baúles.

MISTRESS RADFERN.—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que pasa?

MISTRESS BAXLEY.—Arresto, cárcel y trabajos forzados. Eso es lo que pasa.

ELSIE.—*(A punto de desmayarse.)* ¡Oh!... ¡mamá!

BAXLEY.—*(Yendo hacia la puerta.)* Vamos, Lucy. Nos largamos de aquí..., y pronto.

MISTRESS RADFERN.—*(Poniéndose delante de la puerta y cortándoles el paso.)* ¡Oh, no, Bernard! No antes que me hayas dicho qué es lo que pasa. ¿Qué habéis hecho?

BAXLEY.—*(Indignado.)* ¿Yo? Yo no hice nada.

MISTRESS BAXLEY.—No te pongas a echarnos la culpa a nosotros ahora.

MISTRESS RADFERN.—¿Echar qué culpa?

MISTRESS BAXLEY.—Más vale que preguntes a Elsie. Este no es un lugar para nosotros.

MISTRESS RADFERN.—Pues lo será hasta que me digáis de qué tenéis miedo.

ELSIE.—¡Oh, mamá!... Ha sido papá.

MISTRESS RADFERN.—¡Papá!

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura.)* Sí, papá. Tu querido George, tan tranquilo y respetable, con sus peniques honrados.

ELSIE.—Es cierto, mamá. El mismo nos lo dijo anoche.

MISTRESS RADFERN.—*(Exasperada.)* ¿Qué es lo que dijo, tonta?

MISTRESS BAXLEY.—Nos dijo que era un estafador.

BAXLEY.—Y que lo es desde hace años.

MISTRESS BAXLEY.—Cada penique que obtiene es sucio.

BAXLEY.—Trabaja con una banda y todos los detectives andan tras ellos.

MISTRESS BAXLEY.—Y está orgulloso. Jactándose.

BAXLEY.—Y le echarán años y años de trabajos forzados.

ELSIE.—*(Llorosa.)* ¡Oh, mamá, es cierto!

MISTRESS RADFERN.—*(En voz alta.)* ¡Basta, basta! *(Todos callan, y ella sigue, tranquilamente.)* ¿Qué es lo que estáis tratando de decirme? ¿Qué os contó anoche George?

BAXLEY.—Es mejor que te lo diga Elsie. Nosotros vamos a hacer nuestro equipaje.

MISTRESS RADFERN.—No. De este cuarto no sale nadie antes de haber oído yo lo que ha pasado. Bueno, ¿quién me lo va a contar?

MISTRESS BAXLEY.—Vamos, Elsie, díselo tú.

ELSIE.—Anoche, poco antes de volver tú, papá nos dijo que hacía años que no estaba en el comercio del papel y que era un estafador.

MISTRESS RADFERN.—¿Te lo dijo a ti y a Lucy y a Bernard?

ELSIE.—Y a Harold.

MISTRESS RADFERN.—¡Oh!, se lo dijo a Harold también, ¿no?

ELSIE.—Sí. Y dijo que era estafador desde hacía varios años y que trabajaba para una gran banda internacional.

BAXLEY.—Que había empezado en América.

MISTRESS RADFERN.—Ya veo. Que había empezado en América. Sigue.

ELSIE.—Y que estafaban a los bancos en América y aquí y en Francia y en todas partes.

BAXLEY.—Imitando billetes y falsificando títulos.

MISTRESS BAXLEY.—Toda clase de trampas peligrosas y sucias.

ELSIE.—Y que los detectives habían tratado durante años de deshacer esa banda, pero que no podían conseguirlo, y que si los agarraban les echarían años y años de cárcel.

BAXLEY.—De eso no me cabe duda.

MISTRESS RADFERN.—Y esto es lo que os contó a los cuatro, ¿no?

ELSIE.—Sí..., y es cierto, mamá. Y por eso es por lo que tiene que ir a distintos lugares dentro del país y en el extranjero. Y por eso es por lo que míster Fletten viene tanto aquí, porque también trabaja para esa banda. Y la verdad es que no sabe nada de invernaderos... Eso no es...

BAXLEY.—Más que un pretexto. un pretexto. Hasta ahora ha estado engañando a todos, pero ya se acabó.

MISTRESS RADFERN.—¿Y os pidió que no me dijeseis nada?

MISTRESS BAYLEY.—Sí. Dijo que tú no lo sabías y que no debías saberlo. Aunque confieso que para mí es un misterio cómo ha conseguido ocultártelo durante todo este tiempo.

MISTRESS RADFERN.—¡Oh!... eso es muy sencillo.

MISTRESS BAXLEY.—¿Muy sencillo?

MISTRESS RADFERN.—Claro. Puedo explicaros en tres segundos por qué nunca me lo dijo a mí y, sin embargo, os lo dijo a vosotros.

BAXLEY.—¿Por qué?

MISTRESS RADFERN.—Porque sabía perfectamente que erais cuatro necios que creerías cualquier cosa que os contara, y sabía perfectamente que no podía contar esas tonterías delante de mí. ¿No veis que ha estado simplemente jugando con vosotros? Y bien lo merecéis. Nada más que porque le gusta estar tranquilo cuando vuelve a casa, os imagináis que es un viejo aburrido y disecado. Te he oído decirlo, Elsie. Y vosotros dos sois iguales. En cuanto a tu Harold, ya sé lo que papá estaba tratando de hacer... Ahuyentarlo. *(A ELSIE.)* ¿Y es por eso por lo que recibiste esa carta esta mañana, rompiendo el compromiso, y por lo que lloraste tan amargamente?

ELSIE.—Sí, desde luego.

MISTRESS RADFERN.—¿Y por eso estabais todos tan raros y dijisteis que no habíais dormido en toda la noche?

MISTRESS BAXLEY.—*(Con dignidad.)* Por supuesto.

MISTRESS RADFERN.—¿Y por eso os levantasteis tan temprano?

BAXLEY.—Sí, por eso.

MISTRESS RADFERN.—Entonces sois más tontos de lo que creía.

ELSIE.—Pero ¡mamá, es verdad!

MISTRES RADFERN.—Es evidente que no lo es. No hay ni una palabra de verdad en todo eso. ¿Creéis que yo no iba a haberlo sabido? No comprendo cómo se os ocurrió creer que era cierto. No lo comprendo.

BAXLEY.—Es fácil decir eso.

MISTRESS RADFERN.—Y ahora supongo que habéis creído que el inspector venía para llevárselo preso. Si queréis saberlo, ese inspector no venía más que a recoger datos sobre un caso comercial.

BAXLEY.—Eso es lo que «él» dijo.

MISTRESS RADFERN.—¡Oh!..., por favor, Bernard, sé razonable. Aunque hayas estado en Singapore. ¿Crees que estaría yo hablando de todo esto tan tranquilamente si creyese un solo instante que mi marido podía haber hecho algo malo?

BAXLEY.—Pues no estés tan segura de que no lo hizo. Ten en cuenta que nosotros tres le oímos hablar anoche, y tú no.

MISTRESS RADFERN.—Yo sé que el cuento de anoche no es más que una tontería inventada para tomaros el pelo y asustaros.

ELSIE.—*(Con esperanza.)* ¡Oh, mamá!, ¿lo crees de veras?

MISTRESS RADFERN.—Te digo que lo sé.

BAXLEY.—Pero no puedes probarlo.

MISTRESS RADFERN.—*(Triunfante.)* Sí que puedo. *(Va a la mesa y coge el libro.)* ¿Veis este libro? Se llama «El gran misterio del Banco». Papá y yo acabamos de leerlo. Y si queréis conocer el final de esa historia de la banda internacional de estafadores bancarios y falsificadores de títulos y billetes en América, lo hallaréis en este libro.

BAXLEY.—*(Sentándose y secándose la frente.)* ¡Que el diablo me lleve!

ELSIE.—*(Con alegría.)* ¡Mamá! *(La abraza.)*

MISTRESS BAXLEY.—*(Refunfuñando.)* ¡Vaya una pega bonita! ¡Asustar a la gente con tonterías sacadas de un cuento policíaco.

BAXLEY.—Me parece excesivo.

MISTRESS RADFERN.—*(De pronto, se echa a reír.)* Papi es un payaso.

MISTRESS BAXLEY.—En mi opinión, fue un cochino juego de payaso. Me hizo pasar un día atroz. Cada vez que veía a un policía me ponía temblar, y cuando me encontré aquí con ese detective se me paró el corazón y se me heló la sangre. Puedo muy bien ponerme enferma después de todo esto.

BAXLEY.—Lo cierto es que no fue nada parecido siquiera a un buen chiste.

MISTRESS RADFERN.—*(Continúa riéndose.)* Por lo visto, Bernard, no resultó muy bueno. Pero la idea fue de George, y parece que le salió muy bien. Aunque cuando venga va a tener que oírme.

ELSIE.—*(Contenta.)* ¡Oh!, ahora no me importa nada. Todo es distinto. Ha sido horrible. No volveré a decir nunca de nadie que es aburrido..., nunca, nunca jamás. Por aburrido que sea. Todo es agradable y seguro otra vez. ¡Qué delicia! *(Sale rápidamente.)*

MISTRESS RADFERN.—Bueno, ya se siente mucho mejor. Fue una tontería por parte de George asustarla así. ¡Pobre Elsie!

MISTRESS BAXLEY.—¿Y nosotros, Dorothy? ¿Nosotros no nos asustamos también?

BAXLEY.—Yo me quedé profundamente preocupado por George cuando nos contó todo aquello.

MISTRESS BAXLEY.—Y yo también. Y me parece, Dorothy, que George nos debe algo después de ese chasco estúpido que nos dio.

MISTRESS RADFERN.—Eso te parece, ¿eh?

MITRESS BAXLEY.—Sí que me parece. No estuvo tan amable como hubiera debido estar estos últimos días, y espero que se dé cuenta ahora de que lo menos que puede hacer es ayudar a Bernard a comprar el pequeño negocio de que le hablamos.

BAXLEY.—Puesto que ya lo mencionaste, Lucy, puedo decir que es lo mismo que yo pienso. Se ha divertido...

MISTRESS RADFERN.—*(Con mucha calma.)* Y ahora tiene que pagarlo. ¿No es eso?

BAXLEY.—¡Oh!... No tienes por qué expresarte así. Pero conoces nuestra situación, Dorothy. Si George pudiera prestarme temporalmente unos cientos de libras y pudiéramos quedarnos aquí hasta finiquitar la transacción...

MISTRESS BAXLEY.—No creo que vayas a oponerte, Dorothy. Y puedes decir a George cómo me ha trastornado su estúpida broma.

MISTRESS RADFERN.—*(Con calma, pero con decisión.)* Un momento. Quiero comprender bien el caso. Vosotros creéis que después de lo sucedido debo persuadir a George de que os dé el dinero, y yo, por mi parte, debo pediros que os quedéis hasta que compréis ese negocio que estáis persiguiendo. ¿No es eso?

BAXLEY.—Sí, eso es.

MISTRESSS RADFERN.—Pues, Lucy..., y Bernard, voy a deciros sin rodeos lo que pienso. Pienso que sois dos seres increíbles. Y ahora veo que George tenía razón respecto a vosotros y yo estaba equivocada.

MISTRESS BAXLEY.—¿Qué quieres decir?

MISTRESS RADFERN.—Quiero decir que tenía razón en no querar aguantaros más. Sois parientes míos..., no suyos. Habéis abusado de su bondad, y yo también..., a causa de vosotros. Habéis vivido aquí y le habéis pedido dinero prestado demasiado a menudo. Le sobraba razón para contaros ese cuento anoche. Y ahora a mí también me sobra; estoy harta.

BAXLEY.—Pero un momento, ¿qué es lo que hemos hecho?

MISTRESS RADFERN.—Me habéis probado bien claramente que en realidad George no os importa un bledo y que estáis aquí únicamente por ver lo que podíais sacarle. Hace unos minutos, cuando creíais que estaba en aprietos y que podían llevárselo preso, ¿qué hicisteis? En lo único que pensasteis fue en vosotros mismos. Queríais hacer vuestros equipajes y marcharos inmediatamente. Tuve que impediros que salieseis por esa puerta. Pues, bueno, ahora no os lo impido. Podéis hacer los equipajes y marcharos en cuanto queráis. *(*BAXLEY *y* MISTRESS BAXLEY *se miran uno a otro. Entra* ELSIE *y los mira interrogante.)*

MISTRESS BAXLEY.—¡Vaya un modo de hablar a su propia hermana! ¿Qué os parece?

MISTRESS RADFERN.—No, Lucy, no es un modo muy bonito, pero es lo que siento.

BAXLEY.—Deberías avergonzarte. Vamos, Lucy. Vamos a preparar nuestro equipaje. Yo no me quedo donde no me quieren. *(Va hacia la puerta.* MISTRESS BAXLEY *lo sigue. Luego, volviéndose.)* ¡Cómo me reiría si el viejo fuese un tramposo, después de todo!

MISTRESS RADFERN.—Tendrás que buscarte otro tema de risa, Bernard.

MISTRESS BAXLEY.—*(Con amargura, ya en el umbral.)* Eso no creo que resultase muy difícil... aquí. *(Salen.)*

ELSIE.—¿Se van?

MISTRESS RADFERN.—Sí. Les dije que se fuesen. Ya han vivido bastante tiempo de balde, y te aseguro que a tu padre no van a sacarle más. Querían largarse en cuanto oyeron que estaba en aprietos. (ELSIE *va al teléfono.)* ¿Qué vas a hacer?

ELSIE.—Voy a decir a Harold que todo no fue más que una

broma de papá. O mejor será que le diga que venga para contárselo.

MISTRESS RADFERN.—Rompió contigo en cuanto oyó lo de anoche, ¿no?

ELSIE.—Sí.

MISTRESS RADFERN.—Otro más que ha sido desenmascarado.

ELSIE.—Bueno, mamá, no se le puede echar en cara que no quiera comprometerse con la hija de un estafador.

MISTRESS RADFERN.—*(Cortante y con ironía.)* ¿No?

ELSIE.—*(Con empeño.)* Claro que no.

MISTRESS RADFERN.—¿De veras no se puede?

ELSIE.—*(Confusa.)* No. Sí..., bueno, supongo que sí.

MISTRESS RADFERN.—Claro que se le puede echar en cara. Hubiera debido estar dispuesto a perseverar en su relación contigo sin tener en cuenta lo que descubriese acerca de tu padre. Y tú lo sabes. Ahora veo que tu padre tiene razón en lo que piensa de Harold. Es un muchacho sin espinazo, flojo y taimado..., al acecho de todo lo que pueda pescar sin peligro.

ELSIE.—No tienes derecho a hablar así de él, mamá. Yo no culpo a Harold por haber roto el compromiso. Creo que, en todo caso, merece que se le dé otra portunidad. Voy a decirle que todo fue una broma.

MISTRESS RADFERN.—Si lo haces, me avergonzaré de ti.

ELSIE.—¿Por qué?

MISTRESS RADFERN.—Porque ¿dónde está tu orgullo?

ELSIE.—¿Qué tienes que ver el orgullo? No «fue», después de todo, más que una broma.

MISTRESS RADFERN.—Ahí entra tu orgullo, o debería entrar. Te ha demostrado que no te quiere lo suficiente para casarse contigo, sea lo que sea tu padre.

ELSIE.—*(Herida.)* Ya es bastante, mamá.

MISTRESS RADFERN.—Y ahora quieres decirle que te ha parecido muy bien. Si yo estuviese en tu lugar, no lo aceptaría en esas condiciones. Llámale, dile que venga..., dale una última oportunidad, si quieres..., pero no le digas que lo de anoche fue una broma. Déjale creer que es cierto, y pregúntale luego si todavía quiere romper el compromiso. Eso será una verdadera prueba.

ELSIE.—Bueno, mamá, lo haré así. *(Empieza a marcar.)* Le diré simplemente que venga a verme, y cuando esté aquí no diré ni una palabra acerca de la comedia de anoche. ¡Hola!... Quiero hablar con míster Harold Russ.

MISTRESS RADFERN.—Y yo quiero una taza de té. *(El telón cae rápidamente.)*

ACTO TERCERO

Escenario igual que en los actos anteriores. El libro y la tarjeta del INSPECTOR siguen, bien en evidencia, sobre la mesa central. Al frente, no lejos de la puerta que da al interior de la casa, hay una maleta bastante grande con un abrigo y un sombrero encima. Se ve a BAXLEY que anda por la habitación como buscando algo. Está de mal humor, pero no de un modo violento.

BAXLEY.—*(Yendo hacia la puerta y llamando.)* ¡Eh, Lucy! ¡Lucy! ¿Está ahí arriba mi pitillera? *(Escucha la respuesta.)* No, aquí no está. Acabo de mirar. ¡Ah, bueno! *(Echa una última mirada, pero no la encuentra. Va a su impermeable, revisa los bolsillos cuidadosamente y encuentra la pitillera. La abre y ve que está vacía. Va al aparador, donde hay una caja de cigarrillos, y, después de echar una mirada a su espalda, llena su pitillera, encendiendo finalmente un cigarrillo. Luego guarda la pitillera en su bolsillo y vuelve a poner el impermeable sobre la maleta. Cuando termina todo esto se oye el timbre. Vacila un momento, luego sale, volviendo al poco rato con* HAROLD.)

HAROLD.—¿No está Elsie?

BAXLEY.—Sí, bajará en seguida. Está ayudando a mi mujer a hacer su equipaje.

HAROLD.—¡Cómo! ¿Se van?

BAXLEY.—Sí, en el tren de la noche..., a Escocia, Dundee. Tengo allí a un hermano. Aquí, ¿sabe usted?, no hay nada para mí.

HAROLD.—*(Escéptico.)* ¿No?

BAXLEY.—¡Oh, no! No hay ocasiones ventajosas. Trataron de persuadirme de que asumiese la representación de útiles para negocios..., agencia exclusiva, además..., un tal Simpson..., pero yo dije: «¿De qué sirven los útiles para negocios cuando los negocios van tan mal?» Se quedó sin respuesta. Y el caso es que esta era una ocasión..., modesta. Pero podría convenirle a un joven como usted; para mí no sirve. Así que me pongo en marcha. Me gusta ponerme en marcha, siempre me gustó. Tengo algo de vagabundo, ¿sabe, amigo?, algo de vagabundo.

HAROLD.—*(Escéptico.)* Es un decir.

BAXLEY.—¿A qué viene eso? No estamos haciendo un «film» hablado.

HAROLD.—No. Pero no va usted a decirme que se larga solamente porque le gusta viajar.

BAXLEY.—¡Oh!

HAROLD.—No, yo sé por qué se va, y no se lo reprocho.

BAXLEY.—Muy amable, joven; pero todavía no comprendo lo que quiere decir.

HAROLD.—Bueno, pues creo que si yo tuviese un poco de sentido común tampoco estaría aquí.

BAXLEY.—Claro que no. Créame a mí... El matrimonio es cosa de idiotas.

HAROLD.—No estaba hablando del matrimonio.

BAXLEY.—Entonces, ¿por qué no iba usted a estar aquí? ¡Oh!... ¿Quiere decir a causa de lo que mi cuñado nos dijo anoche?

HAROLD.—Desde luego.

BAXLEY.—¿Y todavía lo cree?

HAROLD.—Sí. ¿Usted no?

BAXLEY.—Claro que no. No fue más que una broma. Nos tomó el pelo, nada más. Aquí, ¿sabe usted?, siempre estamos tomándonos el pelo. A veces yo le tomo el pelo a él, a veces me lo toma él a mí. Anoche fue su turno.

HAROLD.—Sí que fue su turno.

BAXLEY.—¡Y lo ha tenido engañado hasta ahora! Bueno, me sorprende. Lo creí más vivo. Y, además, está usted en el negocio de coches usados.

HAROLD.—Pero ¿fue una broma?

BAXLEY.—Sí. Todo tonterías. Sacadas de un libro. Aquí está.

HAROLD.—Mire..., ¿está usted seguro?

BAXLEY.—Bueno, yo sé lo que es un libro.

HAROLD.—¡Ya! Pero quiero decir..., ¿está seguro de que salió de ese libro y de que es una broma?

BAXLEY.—Se lo estoy repitiendo, ¿no? Si no quiere creerme, no me crea. ¡A mí qué me importa!

HAROLD.—¡Oh!, bueno, lo creo. ¿Lo sabe Elsie?

BAXLEY.—Sí, lo sabe.

HAROLD.—Supongo que me habrá llamado para decírmelo. Aunque también habría podido hacerlo por teléfono.

BAXLEY.—*(Con astucia.)* Tal vez no piensa decírselo.

HAROLD.—Claro que me lo dirá. ¿Por qué no?

BAXLEY.—Puede que quiera ponerlo a prueba.

HAROLD.—¿Ponerme a prueba? ¡Oh!..., ya comprendo. Hacer como si no fuese una broma. Seguir el juego del viejo, ¿no?

BAXLEY.—Es muy posible.

HAROLD.—Sí. Mire; no le diga que usted me lo ha contado.

BAXLEX.—No se lo diré. ¡Ojalá se quede con ella y con su padre! Se lo merecen.

HAROLD.—¿Qué quiere decir?... ¿Se lo merecen? Quiere decir que me merecen a mí. En ese caso me está usted insultando.

BAXLEY.—Entonces no es eso lo que realmente he querido decir. *(Mira su reloj.)* Se está haciendo tarde. *(Va a la puerta y llama.)* ¡Eh! Es hora de salir... Bueno, vamos entonces. ¡Oh!, está bien. *(Sale y a poco entra* ELSIE.*)*

ELSIE.—¡Hola, Harold!

HAROLD.—¡Hola, Elsie! Ya ves: vine en cuanto pude. *(Quiere besarla, pero ella lo rechaza.)*

ELSIE.—No, primero quiero hablar.

HAROLD.—Está bien. Hablemos.

ELSIE.—Espera un momento. Mis tíos se van. *(Entra* MISTRESS BAXLEY *con traje de viaje y llevando un maletín.)*

MISTRESS BAXLEY.—¡Ah!, ¿otra vez aquí?

HAROLD.—Sí. ¿Le molesta?

MISTRESS BAXLEY.—No es cosa que me importe quién pueda estar aquí. Conozco a alguien que no va a volver en mucho tiempo... ni aunque se lo pidiesen de rodillas..., y ese alguien soy yo.

ELSIE.—¿Tienes que irte ya, tía Lucy?

MISTRESS BAXLEY.—Eso dice tu tío Bernard, si es que queremos tomar ese tren.

ELSIE.—¿No vas a esperar para despedirte de mamá? Volverá dentro de un momento.

MISTRESS BAXLEY.—No, gracias. Aunque pudiera no esperaría. Pero puedes darle un recado de mi parte.

ELSIE.—¿Qué es?

MISTRESS BAXLEY.—Solamente recordarle que no hay humo sin fuego. Nada más. Que no hay humo sin fuego. *(Entra* BAXLEY *llevando otra maleta.)* ¿Estás dispuesto? Yo también estoy en marcha.

BAXLEY.—¿Un taxi?

MISTRESS BAXLEY.—Nada de taxis. Podemos ir a la estación por el Metro, ¿no?

BAXLEY.—Sí. Pero ¿cómo vamos de aquí hasta el Metro?

MISTRESS BAXLEY.—Podemos ir andando.

BAXLEY.—Sí. ¿Y las maletas?

HAROLD.—Son diez minutos de marcha.

MISTRESS BAXLEY.—Diez minutos no nos van a matar.

BAXLEY.—No te van a matar a ti, pero sí a mí, si llevo estas maletas. *(Las sopesa.)* Esto me sucede por haberle dado una oportunidad a mi vieja patria. ¡Llevando maletas! ¡Suerte que no puede verme ninguno de los muchachos que conocí en Oriente!

MISTRESS BAXLEY.—*(Fríamente.)* ¿Qué muchachos?

BAXLEY.—Pues..., los muchachos..., ya sabes..., los de Oriente.

MISTRESS BAXLEY.—Oyéndole hablar creería uno que fuiste emperador de la China. ¿Qué muchachos?

BAXLEY.—*(Gritando.)* No sé qué muchachos. No me gusta llevar estas condenadas maletas. Nada más.

MISTRESS BAXLEY.—Pues tendrás que resignarte, por una vez. Adiós, Elsie. *(La besa con negligencia.)* Y procura ser razonable. Aunque eso no es fácil en «esta» casa. *(A* HAROLD.*)* Adiós.

HAROLD.—Adiós.

MISTRESS BAXLEY.—*(De modo muy desagradable.)* Encantada de haberlo conocido. Vamos, Bernard. *(Sale majestuosamente.)*

BAXLEY.—*(Levantando con esfuerzo las maletas.)* ¡Diez minutos de marcha! Es un asesinato. He conocido a tipos más fuertes que

yo que se han dañado el corazón haciendo tonterías como esta.

ELSIE.—No te preocupes, tío. En el tren descansarás bien.

BAXLEY.—*(Refunfuñando.)* ¡Descansar bien! Es un tren que tiene parada en todas las estaciones. Y así hasta Dundee. Hay tiempo para echar raíces. Bueno, adiós.

HAROLD.—Adiós.

ELSIE.—Adiós, tío.

BAXLEY.—Adiós, Elsie. *(Gimiente.)* ¡Adiós! *(Sale, seguido por* ELSIE *con* HAROLD, *que va hasta la puerta. Se oye cerrar la puerta exterior y a poco vuelve* ELSIE.*)*

HAROLD.—Se largan repentinamente, ¿verdad?

ELSIE.—En cuanto creyeron que estábamos en aprieto se pusieron a hacer sus baúles, y mamá se enfadó...

HAROLD.—*(Sorprendido.)* ¿En aprieto? ¿Quieres decir a causa de lo que tu padre nos contó anoche?

ELSIE.—¡Oh!, todavía hubo más: creyeron que había venido uno a llevarse preso a papá. Entonces les entró mucha prisa por marcharse, y mamá, en vista de eso, los echó. Mamá no puede soportar a la gente que lo deja a uno en las astas del toro, y *(Significativamente.)* yo tampoco.

HAROLD.—Pero, a ver, espera un poco. ¿Seguro que no va a venir nadie para llevarse preso a tu padre?

ELSIE.—*(Observándolo.)* Quizá.

HAROLD.—*(Observándola, con una leve sonrisa.)* Pues... a mí no me importa.

ELSIE.—*(Con animación.)* Harol..., ¿lo dices en serio?

HAROLD.—*(Con tono que sugiere falta de sinceridad.)* Sí. En realidad vine para decirte cuánto sentí..., cuánto siento..., haberme ido así anoche y haberte escrito esa carta. ¿Comprendes?... No tuve tiempo de reflexionar. ¡Fue todo tan inesperado!

ELSIE.—¿No tuviste tiempo de reflexionar... sobre qué?

HAROLD.—Sobre tú y yo. Cuando se revelaron esas cosas anoche, lo único que sentí..., como lo sentiría todo hombre honrado..., era que tenía que apartarme. Y en el momento..., bueno..., supongo que te dejé mezclada a todo eso. Ahora me doy cuenta de que me equivoqué. No tiene nada que ver con nosotros lo que tu padre sea ó haga.

ELSIE.—¿Lo crees así de veras, Harold?

HAROLD.—*(Incómodo.)* Sí, Elsie.

ELSIE.—*(Gravemente.)* ¿Estás seguro?

HAROLD.—*(Todavía incómodo.)* Pero..., sí.

ELSIE.—Piensa en la vergüenza que sería si descubriesen a papá.

HAROLD.—*(Con falsa nobleza.)* No importa. Lo soportaremos. *(Luego, vacilando.)* Y, después de todo, tu padre estaba exagerando, ¿no?

ELSIE.—¿Exagerando?

HAROLD.—Sabes que sí. Me parece que le gusta tomar el pelo a la gente, ¿no?

ELSIE.—*(Solemne.)* ¡Oh, no! Eso no se le ocurriría nunca a

papá. Ahora, el tío Bernard, ¿sabes?, el que acaba de salir, ese sí que es capaz de decir cualquier cosa con tal de divertirse. No se le puede creer ni una palabra.

HAROLD.—*(Inquieto.)* ¿De veras?

ELSIE.—En absoluto. Es un enredador. Un embustero. Supongo que no te contó nada.

HAROLD.—Esto... no..., claro que no.

ELSIE.—*(Observándole.)* Menos mal, porque realmente no puede uno creerlo en ningún caso. Papá es muy distinto.

HAROLD.—Mira, yo no comprendo bien.

ELSIE.—*(De pie, ante la mesa central.)* Bueno, no importa, ¿verdad? Después de todo, lo único que importa somos nosotros.

HAROLD.—¡Oh, sí!... Por supuesto.

ELSIE.—Es lo único que nos importa, ¿verdad?

HAROLD.—*(Acercándose a ella.)* Sí.

ELSIE.—*(Apartándose.)* No, no quiero besarte... todavía

HAROLD.—*(Siguiéndola.)* ¡Oh!... ¡Vamos, Elsie!

ELSIE.—Tienes que recordar que anoche me trataste horriblemente mal, escapándote así de repente, y luego escribiéndome esa carta. Todavía no se me ha pasado.

HAROLD.—Bueno, ya te he dicho que ahora es otra cosa.

ELSIE.—Para ti puede serlo, pero no para mí. Ya había renunciado a ti por completo, ¿ves? Y me va a llevar mucho tiempo volver a quererte de nuevo.

HAROLD.—No es cierto.

ELSIE.—*(Qué se ha arreglado para que la mesa quede entre ellos.)* Sí que lo es. Además, quiero que hablemos. Y si uno besa a otro, el otro no puede hablar seriamente.

HAROLD.—Bueno, no tenemos que hablar seriamente. *(Se miran por encima de la mesa.)* Ya te he dicho que te quiero y que no me importa lo que haga tu padre. *(Ve la tarjeta sobre la mesa y la mira fijamente.)*

ELSIE.—¿Qué te pasa?

HAROLD.—*(Inquieto.)* Supongo que esto también es parte de la broma.

ELSIE.—*(Con calma.)* ¡Oh!... La tarjeta. No, la dejó ahí un hombre que vino esta tarde.

HAROLD.—¿Un inspector de Scotland Yard?

ELSIE.—Sí, vino esta tarde a ver a papá y volverá por la noche.

HAROLD.—¡Dios mío!

ELSIE.—*(Observándolo.)* ¡Oh!... Al principio me quedé muy preocupada, pero ya se me ha pasado.

HAROLD.—*(Enojado.)* Bueno, ¿qué es lo que está pasando aquí? Primero tu padre nos cuenta toda aquella historia de que es un estafador, luego tu tío me dice que no fue más que una broma, y ahora me dicen que esta tarde vino uno de Scotland Yard.

ELSIE.—¿Así que mi tío te dijo que no había sido más que una broma?

HAROLD.—*(Huraño.)* Si quieres saberlo..., sí.

ELSIE.—Y tú no me dijiste nada. Me dejaste creer que no lo sabías.

HAROLD.—¿Y eso qué importa?

ELSIE.—Importa muchísimo.

HAROLD.—*(Apartándose con violencia, luego volviéndose contra ella.)* Estoy harto ¿Es una broma o no lo es? Y si es una broma, ¿por qué vino aquí ese hombre de Scotland Yard?

ELSIE.—¿Por qué no esperas y se lo preguntas a él? Pronto llegará.

HAROLD.—*(Nerviosamente.)* Te aseguro que no voy a esperarlo. No es asunto mío. *(Se oye ruido fuera.)*

ELSIE.—*(Con calma.)* Alguien viene. ¿No sería mejor que te fueses ahora, que aún hay tiempo? *(Entran* RADFERN *y* FLETTEN.)

RADFERN.—*(Cordial.)* Hola, Elsie. Me encontré a Joe Fletten, que estaba ahí esperándome en el poyo de la puerta. ¿Qué pasa?

ELSIE.—Creo que harías bien en irte ahora, Harold.

RADFERN.—*(A* HAROLD, *ceñudo.)* Yo creí que se había ido para siempre.

ELSIE.—Yo también lo creí esta mañana, pero pensé que debía darle otra oportunidad. Ahora puedes decírselo todo, papá.

RADFERN.—¿Decirle qué?

ELSIE.—Puedes decirle lo que supimos por mamá esta tarde: que todo lo que nos dijiste anoche no fue más que una broma y que Harold se había marchado sin necesidad.

RADFERN.—Así que lo descubristeis, ¿no?

ELSIE.—Sí. Mamá nos enseñó el libro... Es este, ¿verdad?..., de donde lo sacaste todo.

FLETTEN.—¿Todo qué? Si no es asunto privado o confidencial.

ELSIE.—No, no lo es. Anoche papá nos hizo la comedia de que era un estafador.

FLETTEN.—*(Burlonamente, escandalizado.)* ¡Míster Radfern, cómo pudo usted...!

ELSIE.—Y nos contó toda clase de cosas sacadas de este libro. Nosotros nos lo creímos, en el primer momento, y Harold todavía cree que es verdad y quiere desaparecer.

FLETTEN.—*(Severamente, a* HAROLD). ¿Es posible que haya usted creído siquiera un solo minuto que mi amigo míster Radfern era un estafador? ¡Sería el último hombre en el mundo de quien se pudiera pensar...!

RADFERN.—¡Oh!, se lo tragó perfectamente.

HAROLD.—*(Mohíno.)* Igual que los demás.

FLETTEN.—¿Dónde dejó su inteligencia, joven? ¿Dónde dejó su..., cómo se llama..., sentido psicológico? ¡Míster Radfern estafador! Va a acabar creyéndome estafador a mí también.

ELSIE.—*(Gazmoña.)* Todos lo creímos.

FLETTEN.—¡Cómo! ¡A mí, pobre Joe Fletten, que nunca hice daño a nadie! ¿Es esto lo que tiene usted por una buena broma, míster Radfern?

RADFERN.—Lo siento, Joe. No fue más que un poco de juego por mi parte. Y además creí que así atraparía a algunos.

FLETTEN.—*(Mirando a* HAROLD *severamente.)* Y parece que así fue.

RADFERN.—¿Se fueron tu tía Lucy y tu tío Bernard?

ELSIE.—Sí, pero eso fue porque mamá les dijo que se fuesen.

RADFERN.—No importa, con tal que se hayan ido.

FETTEN.—*(A* HAROLD). ¿No le parece que debería pedir disculpas a algunos de nosotros?

HAROLD.—No, no me parece. *(A* ELSIE.) Mira, Elsie, estoy harto de todo esto.

ELSIE.—*(Tristemente.)* Bueno, Harold. Te di una oportunidad, ¿sabes? Papá tenía razón, después de todo. Adiós.

HAROLD.—*(Parece ir a prorrumpir en palabras violentas, pero se contiene.)* ¡Oh!... ¡Buenas noches! *(Sale rápidamente, con* RADFERN, *que lo sigue hasta la puerta.* ELSIE *permanece muy quieta.* FLETTEN *la mira, hace intención de hablar, pero decide callarse. Tose un poco, luego canturrea. Cuando* RADFERN *vuelve, lo sigue* MISTRESS RADFERN, *vestida de calle.)*

MISTRESS RADFERN.—Buenas noches, míster Fletten. *(A* ELSIE.) ¿Así que Lucy y Bernard se fueron?

ELSIE.—Sí, hace un cuarto de hora. Y Harold también.

MISTRESS RADFERN.—Ya lo sé. Por poco choco con él en la puerta del jardín. ¿Se fue por las buenas?

ELSIE.—*(Bastamente contrariada.)* No. Fue puesto a prueba, juzgado y considerado deficiente.

RADFERN.—No importa, Elsie. Yo encontraré algo muy agradable para compensarte.

FLETTEN.—El joven creyó realmente que su marido y yo éramos un par de estafadores o algo por el estilo. ¡Qué descaro!

MISTRESS RADFERN.—¡Oh, fue una broma de George! Y me parece bastante tonta, papi.

FLETTEN.—No puedo comprender que haya habido quien lo creyese siquiera un minuto.

MISTRESS RADFERN.—Bueno, a mí también me sorprendió.

RADFERN.—Es que lo hice muy bien.

FLETTEN.—*(Sentencioso.)* Pues no creí que usted fuera capaz de desempeñar con éxito esa clase de papeles. Aunque fuese en broma. Y no estoy seguro de que sea materia de chiste.

MISTRESS RADFERN.—Soy enteramente de su opinión, míster Fletten.

FLETTEN.—*(Igual que antes.)* No debemos jugar con nuestro buen nombre..., ni siquiera en broma. Es lo que a mí me parece.

RADFERN.—*(Secamente.)* Tales sentimientos le honran, míster Fletten.

ELSIE.—*(Dirigiéndose a la puerta.)* El caso es que no fue nada de lo que dijo papá lo que hizo a Harold caer en la trampa: fue el haber visto esa tarjeta.

RADFERN.—¿Qué tarjeta?

ELSIE.—*(Volviéndose en el umbral.)* Esa que está encima de la mesa. *(Sale.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Divertida.)* ¡Oh, qué absurdo! Se refiere a la tarjeta que dejó el hombre ese de Scotland Yard.

FLETTEN.—*(Alarmado.)* ¿De dónde?

RADFERN.—*(Con calma.)* ¿De qué se trata, mami?

MISTRESS RADFERN.—Bueno, resultó bastante divertido. Vino a verte esta tarde un inspector de Scotland Yard..., un hombre verdaderamente simpático..., y tuvimos un rato de charla muy agradable.

FLETTEN.—*(Con una mirada desesperada a* RADFERN.*)* ¡No diga!

MISTRESS RADFERN.—Dejó su tarjeta. Pero lo divertido fue que Elsie y sus tíos llegaron antes que se fuera, y tendríais que haber visto las caras que pusieron cuando les dije que era de Scotland Yard. Te hubieras muerto de risa.

FLETTEN.—*(Con la n isma cara que pusieron ellos.)* Yo, seguramente, me habría muerto de risa. ¡Qué divertido!

RADFERN.—*(Procurando hacer frente a la situación.)* ¡Oh..., sí! ¡Qué bueno! ¡Ja, ja, ja!

FLETTEN.—*(Que no lo logra tan bien.)* ¡Magnífico! ¡Ja, ja, ja!

RADFERN.—¿Dijo por qué venía?

MISTRESS RADFERN.—Sí, desde luego. Era algo de nada. Unas averiguaciones relacionadas con un caso comercial. Le dije que volviese esta noche. Llegará de un momento a otro. Seguramente tendréis una conversación agradable.

RADFERN.—Seguramente.

MISTRESS RADFERN.—Bueno, voy a quitarme esta ropa y ver un poco cómo dejaron el cuarto Lucy y Bernard. *(Sale.)*

FLETTEN.—Dígame, ¿qué pasa?

RADFERN.—No tengo la menor idea.

FLETTEN.—No me convence eso de que está haciendo averiguaciones sobre un caso comercial.

RADFERN.—Ni a mí tampoco.

FLETTEN.—Escuche, esto no me gusta nada.

RADFERN.—Pero no se deje dominar por el pánico. Conserve su cabeza y esté alerta. Escuche, tiene que quedarse aquí. No podemos arriesgarnos a que salga ahora. Además puede que tengamos mucho que hacer. Ahora bien: en el momento en que le oigamos llegar tiene usted que salir por el invernadero y sentarse en el césped del otro lado, de modo que no se le pueda ver.

FLETEN.—Bueno, alguien me verá.

RADFERN.—Sí, pero no ese hombre, ni nadie que esté con él. Los vecinos no importan. Haga como que estudia botánica.

FLETTEN.—No puedo hacer como que estudio botánica.

RADFERN.—Pues haga como si estuviese medio borracho o medio dormido.

FLETTEN.—Eso sí puedo hacerlo. *(Suena el timbre de la puerta exterior.)*

RADFERN.—Y no salga hasta que me oiga llamarlo. Pero cuando me oiga no pierda ni un segundo. Afuera, rápido. Y que no se le vea. (FLETTEN *sale por la puerta del fondo y la cierra.* RADFERN *sale por la puerta del jardín y vuelve al poco rato seguido por* STACK.) Tome asiento, inspector.

STACK.—Gracias.

RADFERN.—¿Un trago?

STACK.—No, gracias. *(Ambos se sientan más bien cerca de la mesa.)*

RADFERN.—Esto es sumamente interesante. Nunca tuve el placer de conversar con alguien de Scotland Yard.

STACK.—No me imagino que haya usted tenido esa oportunidad, míster Radfern.

RADFERN.—Deben de llevar ustedes una vida muy animada. Muy distinta de la nuestra.

STACK.—No tanto como la gente se imagina. En su mayor parte es una rutina aburrida, y además muchas horas de trabajo. No son muchas las veladas que podamos pasar tranquilos en casa.

RADFERN.—¡Ah!... ¡Qué lastima!

STACK.—Sí, mistress Radfern me decía esta tarde que a usted le gustaba quedarse tranquilo en casa, con su invernadero o cosas por el estilo.

RADFERN.—Sí. Mi mujer y mi hija se burlan de mí muchas veces. Me creen un tipo sumamente aburrido.

STACK.—Sin embargo, he conocido mujeres e hijas que se equivocaban totalmente respecto a los hombres, creyendo saber la clase de vida que llevaban, cuando en realidad llevaban otra enteramente distinta.

RADFERN.—¿De veras? Yo no me encontré nunca en tales casos.

STACK.—*(Significativamente.)* ¿No? ¿Está usted seguro?

RADFERN.—Bueno, no puedo recordar ninguno, por el momento.

STACK.—*(Significativamente.)* Me sorprende usted.

RADFERN.—Pero si hay algo que pueda decir, lo haré con gusto. Aunque no me imagino por qué se ha tomado el trabajo de venir a verme.

STACK.—El trabajo no nos asusta, míster Radfern, si el asunto es suficientemente importante. *(Distraídamente alarga la mano, toma el libro y mira el título.)*

RADFERN.—Eso lo creo.

STACK.—*(Mostrándole el libro.)* ¿Ha leído usted esto?

RADFERN.—¿Qué es? ¡Oh!... «El gran misterio del Banco». Sí, lo terminé ayer.

STACK.—¿Qué le pareció?

RADFERN.—¡Oh!... Muy divertido. Pero, como la mayoría de estas cosas, muy inverosímil. ¿Lo leyó?

STACK.—Sí, lo leí.

RADFERN.—¿Y qué le pareció?

STACK.—Pues, como usted dice, es algo inverosímil. Primeramente, los estafadores trabajan en una escala demasiado grande.

RADFERN.—Sí, eso me pareció a mí también.

STACK.—Sin embargo, me recuerda un caso en el que estamos trabajando... algunos de nosotros... desde hace más de tres años.

RADFERN.—¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Y más de tres años, dice usted?

STACK.—Sí, más de tres años. Sin escatimar trabajo ni gastos razonables. Tenga usted por seguro que acabaremos por ganar. No podemos perderlo.

RADFERN.—Espero que no, inspector. Nosotros, los contribuyentes, queremos saber... adónde va a parar nuestro dinero.

STACK.—A veces somos muy lentos...

RADFERN.—Pero seguros, ¿no?

STACK.—Sí, míster Radfern. Vea usted: en los cuatro últimos años, por lo menos, lleva actuando una pandilla..., una pandilla muy inteligente y bien organizada..., que se dedica a la falsificación de billetes de Banco y bonos del Tesoro.

RADFERN.—¡No diga! No hubiera creído que eso fuese posible actualmente.

STACK.—La pandilla opera aquí, en Inglaterra, y también en el extranjero, principalmente desde Amsterdam a Bruselas. Algunos de los billetes se imprimen allí, otros acá. Aquí tiene usted uno de sus billetes. ¿Quiere verlo? *(Saca de su billetera un billete de una libra.)*

RADFERN.—Sí, me gustaría. *(Saca su pañuelo y toma con él el billete por una esquina, evitando tocarlo.)*

STACK.—No necesita tener tanto cuidado, míster Radfern.

RADFERN.—Bueno, yo creí que todo el cuidado era poco.

STACK.—*(Amablemente.)* Si quisiera tener sus huellas digitales, ya puede figurarse que hubiera apelado a otro medio mejor.

RADFERN.—*(Examinando el billete, ríe.)* Ni se me había ocurrido. Siempre creí que eso de las huellas digitales era principalmente cosa de cuentos policíacos. Pues, ¿sabe usted?, si esto es un billete falso, a mí me podría engañar. No soy experto, pero ando en el comercio del papel.

STACK.—*(Significativo.)* Así tengo entendido, míster Radfern.

RADFERN.—No habría vacilado ni un minuto en dar a cualquiera ocho medias coronas por este señorón. ¿No es maravilloso lo que pueden hacer? ¡Nunca lo hubiera imaginado!

STACK.—Sorprendente, ¿no? ¡Oh!, son unos muchachos muy inteligentes.

RADFERN.—Deben de serlo.

STACK.—¡Hum!...

RADFERN.—¡Hum!...

STACK.—Fueron muy inteligentes en conseguir la clase de papel

requerida exactamente, y también en los grabados y la impresión y en el modo de distribuir la pasta.

RADFERN.—¿La pasta?

STACK.—La pasta. Y el Tesoro y los bancos no nos dejan ni un minuto en paz con este asunto. Pero por fin estamos obteniendo resultados.

RADFERN.—¡Magnífico!

STACK.—Sí, cientos de pequeños detalles, que durante meses no habían significado gran cosa, empiezan ahora a tomar forma.

RADFERN.—Como uno de esos rompecabezas, ¿no?

STACK.—Eso es. Claro que aún faltan algunas piezas, pero no muchas, no muchas. Ahora solo es cuestión de tiempo.

RADFERN.—¡Muy bien! ¿No es cierto? Tienen que sentirse muy contentos de sí mismos, ¿no?

STACK.—Nos sentiríamos aún más si pudiéramos acabar con todo esto.

RADFERN.—*(Con simpatía.)* Claro.

STACK.—Ya ve usted lo que pasa a menudo en estos casos. Espero que no le esté aburriendo, míster Radfern.

RADFERN.—En absoluto, inspector. Es todo muy interesante.

STACK.—Esto es lo que sucede. Tropezamos con un bonito juego de indicios en..., digamos... Birmingham.

RADFERN.—¿Birmingham? Puede ser. Estuve allí hoy mismo.

STACK.—Y entre esos indicios hay un nombre, nada más que un nombre entre otros nombres, apuntado en una agenda. Y ese nombre puede aparecer también en otra parte..., tal vez en Glasgow, tal vez en Amsterdam. El poseedor del nombre seguramente pasa por un ciudadano común y respetable, y por hombre de negocios. Y cree que está a salvo. ¿Me sigue?

RADFERN.—*(Con sonrisa radiante, pero con énfasis irónico.)* Ya lo creo. ¡Pobre diablo! Lo veo todo perfectamente. El tipo imagina que está a salvo, y claro que no lo está, puesto que ustedes tienen un montón de pruebas contra él.

STACK.—Sí, un montón de pruebas.

RADFERN.—*(Igual que antes, pero con más énfasis.)* Y, por supuesto, son pruebas sólidas, pruebas sólidas e irrefutables, que le harían representar un papel desastroso a ese señor tan respetable si lo llevasen ante el tribunal policíaco.

STACK.—*(Aceptando el desafío.)* No, no es exactamente así, por que en este caso todavía no nos hemos molestado en acumular pruebas sólidas. Pero tenemos algunos fragmentos interesantes. ¿Le gustaría oírlos?

RADFERN.—Sí, inspector.

STACK.—Bueno; por ejemplo, sabemos que un miembro de la pandilla de falsificadores llegó Glasgow, del Continente, el veintitrés del mes pasado, para encontrarse con uno de sus colaboradores aquí. Y creemos poder probar que ese ciudadano tranquilo

y respetable, del que estábamos hablando, también estuvo en Glasgow el veintitrés del mes pasado.

RADFERN.—¿En Glasgow el veintitrés del mes pasado?... ¿Sabe? Esto me recuerda algo. ¿El veintitrés? *(Saca su agenda y lo comprueba.)* No es que estuviera en Glasgow. El caso es que estuve en...

STACK.—*(Rápidamente, en pie y triunfal.)* Newcastle. Y también allí estuvo el hombre que vino del Continente. No estuvo en Glasgow. Esto ha sido una pequeña trampa, y usted cayó en ella.

RADFERN.—*(Con mucha calma.)* ¿De veras? Me temo que no lo comprenda bien, inspector. Demasiado sutil para mí, me parece.

STACK.—*(Mal encarado.)* No me sorprendería.

RADFERN.—Pero lo que yo iba a decirle era que recuerdo el veintitrés del mes pasado porque el Club de Bochas organizó una excursión en ese día..., primero río abajo, para terminar en el Palladium..., y yo estuve con ellos. Fuimos unos veinte.

STACK.—*(Decepcionado.)* ¡Hum!...

RADFERN.—*(Con calma, pero con firmeza.)* Esto es lo que yo quería decir, inspector. ¿No es esto lo que se llama una coartada? Pues si yo fuera ese hombre y usted lo bastante estúpido para arrastrarme a la Comisaría, esta es la clase de cosas..., una coartada como esta..., que podrían hacerle representar un papel muy desairado, creo yo. Tenga presente que yo no sé nada de todo eso, pero he leído unos cuantos cuentos policíacos.

STACK.—*(Se aleja, luego se vuelve repentinamente.)* Si usted fuese el hombre de quien estamos hablando, ¿sabe lo que le diría?

RADFERN.—No puedo imaginarlo.

STACK.—Le diría, yendo al grano: mire, «sabemos» que usted anda en eso, pero todavía no podemos probarlo, aunque tarde o temprano podremos. Pero como el caso ha durado ya bastante y queremos resultados rápidos, no espere ahí como un tonto hasta que lo llevemos a los tribunales, donde nadie tendrá compasión de usted; díganos todo «ahora»... Ayúdenos a terminar con el asunto... y ni siquiera «trataremos» de conseguir pruebas contra usted.

RADFERN.—Bueno, claro está que yo no puedo contestar por ese hombre...

STACK.—*(Irónicamente.)* No importa. Haga un esfuerzo. Inténtelo.

RADFERN.—Me imagino que lo primero que él diría es que todo eso es un «bluff».

STACK.—¿Y sabe lo que yo le contestaría para demostrarle que no es un «bluff»? Primero le daría simplemente dos direcciones: Cincuenta y nueve, Pool Road, Glasgow, y diecisiete, Bellingham Street, Newcastle.

RADFERN.—*(Admirativo.)* Simplemente dos direcciones, nada más. ¡Qué interesante!

STACK.—*(Muy en serio.)* ¡Oh!, lo encontraría muy interesante,

de eso no cabe duda. Luego le daría dos nombres: Peter Korderman y William Frazerly. Nada de «bluff». Lo sabemos todo de Korderman y Frazerly.

RADFERN.—*(Siguiendo con el juego.)* ¿Sabe, inspector? Esta historia me resulta tan buena como cualquier «film» o cuento policíaco. Mejor aún. Es un verdadero deleite. Siga.

STACK.—Muy bien. Ya le he mostrado algunas de mis cartas, pero puedo mostrarle otra. *(Saca de su bolsillo la mitad de un naipe: el «valet de carreau»).* ¿Qué piensa usted de esto?

RADFERN.—*(Examinando la carta.)* La mitad de un «valet de carreau». Esto es magnífico. Pero ¿no irá usted a decirme que esos muchachos que anda usted cazando emplean estas cosas?

STACK.—*(Irónicamente.)* Tenemos la impresión de que sí. Equivale entre ellos a una tarjeta de visita, ¿sabe, míster Radfern? Muy romántico, ¿no le parece?

RADFERN.—*(Moviendo la cabeza.)* Eso es justamente lo que me parece: demasiado romántico.

STACK.—¿Qué quiere decir?

RADFERN.—*(Disculpándose.)* Claro, yo no entiendo nada de estas cosas...

STACK.—*(Ceñudo.)* No, no. Ya lo sabemos.

RADFERN.—Pero yo diría, así de repente, que ese negocio de la carta rota me parece una broma. Demasiado en el estilo de las novelas, ¿sabe? Sherloc Holmes, Edgard Wallace. Yo me imagino a algunos de esos a los que les gusta bromear empleando algo parecido a esa carta, simplemente para divertirse con la perplejidad de ustedes. *(Devuelve la carta.)* Y ese Carl Korderman...

STACK.—Peter Korderman.

RADFERN.—Bueno, Peter Korderman. Pues *(Mueve la cabeza.)* no me suena a nada muy real, ¿sabe, inspector? ¡Quién sabe si no es otra bromita más!

STACK.—*(Lo mira reflexivamente, empieza a alejarse gruñendo y de repente se vuelve hacia él.)* Escuche bien, Radfern. Dejemos estas tonterías y vayamos al grano.

RADFERN.—Siga.

STACK.—*(Acusándolo.)* Usted está en ese negocio de falsificación. Lo sé con toda seguridad, y usted sabe que lo sé. Esto es ir al grano, ¿no?

RADFERN.—No sé si es ir o no ir al grano, pero me resulta bastante ultrajante.

STACK.—Pues aún hay más. Desde luego, queremos condenar, pero lo que queremos por encima de todo es destruir la pandilla cuanto antes, porque la Tesorería y los bancos nos están aguijoneando continuamente. Dígame «ahora mismo» todo lo que sabe, ponga el juego en nuestras manos y a usted lo olvidaremos. Ya sabe lo que le espera si no lo olvidamos. No habrá ninguna posibilidad de esa farsa de «Es el primer delito que cometo; no encontré otra salida», cuando aparezca usted ante los tribunales. Le

pondrán el máximo de condena que el juez pueda darle. Ahora, ¿qué dice usted?

RADFERN.—*(Con énfasis.)* He aquí lo que digo: Inspector Stack, mi nombre es George Radfern y pertenezco al comercio del papel, puedo probarlo. Vivo en Los Helechos, avenida El Retamal, Shooters Green, donde soy bien conocido como ciudadano y dueño de una casa respetable. Me han estafado varias veces, hace tiempo; pero, que yo sepa, nunca causé daño a nadie..., hombre, mujer o niño... en este país. Y usted no tiene suficientes pruebas contra mí ni siquiera para llevarme hasta esa puerta.

STACK.—Deme un poquito más de tiempo y lo llevaré bastante más lejos. *(Se oye un golpecito en la puerta interior y* MISTRESS RADFERN *se asoma sonriente.)*

MISTRESS RADFERN.—¡Oh!, buenas noches, inspector.

STACK.—Buenas noches, mistress Radfern.

MISTRESS RADFERN.—Disculpen la interrupción, pero me dejé aquí mis tijeras. *(Entra, las busca y las encuentra.)* Aquí están. ¿Estaban hablando de algo interesante, papi?

RADFERN.—Muy interesante.

MISTRESS RADFERN.—*(Volviendo hacia la puerta.)* Muy bien. No volveré a interrumpirlos.

RADFERN.—¡Oh!, mami, ¿sabes dónde andan todos esos folletos de las compañías de navegación que Elsie reunía?

MISTRESS RADFERN.—Sí, todo un montón. Los tiene en su cuarto.

RADFERN.—Bien. Pues dile que los traiga cuando baje. No ahora; luego.

MISTRESS RADFERN.—Muy bien. *(Los saluda con la cabeza y sale.)*

STACK.—Bueno, ¿qué dice usted?

RADFERN.—Ya me oyó pedir esos folletos de las compañías navieras que mi hija colecciona. Siempre está atormentándome para que la lleve a alguna parte, y me parece que un cambio de aire no le vendría mal. A mí tampoco. Y los negocios por ahora están flojos. Me parece una buena idea hacer un largo viaje en barco.

STACK.—¡Oh! ¿Tiene en verdad esa intención? ¿Y sería un viaje muy largo ese que usted piensa realizar?

RADFERN.—¡Oh!, no sé. Creo que sí. A Australia, tal vez, o a Oriente. Quizá encuentre algo nuevo en negocios. Y además veré el mundo, ¿sabe?

STACK.—Yo también siempre quise hacerlo. No me gustaría nada tener que impedir a alguien que se fuera.

RADFERN.—No me gustaría verlo a usted ni siquiera intentarlo, por su propio bien.

STACK.—Hay una cosa complicada en esos barcos. No se los puede abandonar cuando uno quiere, eso es lo malo. Y ahora, con la radio, siempre están al alcance del oído.

RADFERN.—Sí, eso es cierto.

STACK.—Un barco inglés, ¿sabe?, es tan seguro para nosotros como un tribunal policíaco inglés.

RADFERN.—¡No! ¿Un barco inglés tan seguro como un tribunal policíaco inglés?... Entonces sabrán dónde encontrarme si me necesitan, ¿verdad?

STACK.—Así lo creo. Bueno, esto es todo. *(Se dispone a salir.)*

RADFERN.—Y muchas gracias por su visita, inspector. Fue un placer. Una ojeada entre bastidores. Algo que contar a mis amigos.

STACK.—Muy bien. Cualquier amigo suyo, míster Radfern, me interesa. ¿No le gustaría llevarme consigo y presentármelos?

RADFERN.—No creo que sea necesario, inspector. *(Sale con él, dejando la puerta abierta. Se los ve deseándose irónicamente «buenas noches», luego se oye cerrar la puerta exterior con llave.* RADFERN *entra apresuradamente y cierra la puerta. Es ahora un hombre de acción rápida y decisiva. Va a la puerta del fondo y llama «Joe».* JOE FLETTEN *entra en seguida, limpiándose el pantalón con las manos. Lleva sombrero.)*

FLETTEN.—*(Excitado.)* ¿Qué pasó? ¿Qué es lo que sabe?

RADFERN.—Bastante. Ahora escuche, Joe, y no pierda la cabeza. Todo depende de nosotros. Váyase derecho a buscar a Wartenburg... y esté donde esté, ocupado en lo que sea..., tiene usted que verlo.

FLETTEN.—Sé dónde está Wartenburg. Siempre está en el mismo sitio los lunes por la noche.

RADFERN.—Dígale que uno de Scotland Yard estuvo aquí, que tienen las direcciones de Glasgow y Newcastle y que saben de Korderman y Frazerly...

FLETTEN.—¡Diablos! Estamos perdidos, entonces.

RADFERN.—No, no lo estamos. Eso es todo lo que saben «hasta ahora». Y en eso debe quedar todo. Dígale a Wartenburg que no tenemos más remedio que emplear el plan B.

FLETTEN.—¡Cómo! ¡Hundir las láminas y las prensas y dispersarnos!

RADFERN.—Sí, él sabe lo que hay que hacer. Y dígale que de todos modos yo estoy poniendo en efecto el plan B desde esta misma noche y que tiene que telegrafiar por mí a Amsterdam. Y yo ahora mismo voy a llamar a Middleton. ¿Ha comprendido?

FLETTEN.—Sí.

RADFERN.—Y conviene que usted también ponga en efecto el plan B si no quiere volver a las cárceles de Maidstone y Parkhurst.

FLETTEN.—Ya lo creo que voy a hacerlo.

RADFERN.—*(Indicándole la puerta del fondo.)* Por allí entonces, y lo más rápido que pueda. Doble cuando llegue a la esquina y estará en la estación del Metro en tres minutos. Y, por el amor de Dios, apresúrese, pero no adopte el aspecto del que cree que cualquier agente le va a echar mano. Buena suerte, Joe. No volveré a verlo en mucho tiempo... Por lo menos así lo espero.

FLETTEN.—Le deseo todo lo mejor, míster Radfern. *(Se apresura a salir por el fondo.* RADFERN *va al teléfono y empieza a marcar.)*

RADFERN.—*(Al teléfono.)* Con míster Middleton, por favor. ¡Hola! ¿Eres tú, Carlitos? Sí, Radfern. Sí, todo está bien en Birmingham, pero escucha... *(Entran* MISTRESS RADFERN *y* ELSIE, *que tiene un aspecto indiferente y atristado y trae un montón de folletos de viaje.)* ...estuvo a verme un inspector de Scotland Yard... Sí... Y ya sabes cómo esos muchachos andan por todas partes... Dice que los negocios no van a ir muy bien en los próximos meses... Sí, entonces pensé tomarme esas vacaciones que hace tiempo me tenía prometidas... Sí, lo que solíamos llamar el plan B..., ¿recuerdas nuestra broma?... Holanda, desde luego... Muy bien, Carlitos... Adiós... *(Cuelga el teléfono.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Alegre.)* ¿No te llevaron preso, papi?

RADFERN.—*(En el mismo tono.)* No, pude evitarlo.

MISTRESS RADFERN.—¿Qué quería el inspector?

RADFERN.—Lo que tú dijiste. Está haciendo unas averiguaciones sobre un caso comercial. ¡Qué vida tan extraña llevan!

ELSIE.—*(Tomando parte en la conversación, pero todavía indiferente.)* A ti no te gustaría, papá. Demasiado agitada. No suficientemente tranquila y apacible.

RADFERN.—Eso es.

MISTRESS RADFERN.—*(Bromeando.)* No le dijiste que eras un viejo estafador empedernido, ¿verdad?

RADFEN.—No era menester. Ya lo sabía.

ELSIE.—*(Todavía indiferente.)* ¿Qué decías al teléfono de irte de vacaciones?

RADFERN.—*(Con cariñosa ansiedad.)* Mira, Elsie, tienes que animarte porque hay mucho que hacer.

ELSIE.—*(Indiferente.* ¿Qué es lo que hay que hacer?

RADFERN.—Bueno, una de las cosas que tenemos que hacer es llevar a tu madre a Bruselas mañana.

ELSIE.—*(Completamente cambiada.)* ¡Papi! ¡No puede ser!

RADFERN.—Sí que puede ser. Vamos a cerrar la casa y a irnos de viaje.

MISTRESS RADFERN.—¡Válgame Dios!

ELSIE.—¡Papi!

RADFERN.—Ahora bien, tenemos pasaportes.

ELSIE.—¿Para dónde tienes visado?

RADFERN.—Para todas partes. Ya ves que vamos a cerrar la casa, arreglar el equipaje y hacer un viaje largo, por mar. La India, Oriente, Australia... ¡Dios sabe adónde! Solo que iremos en un barco holandés.

ELSIE.—¿En un barco holandés? ¿Y por qué no en un barco inglés?

RADFERN.—¡Oh!, los mejores barcos que van al Oriente son los holandeses. Son los más confortables. Los barcos ingleses son como

tribunales de policía. Tú y tu madre iréis primero a Bruselas y luego vais a reuniros conmigo allí.

MISTRESS RADFERN.—Pero ¿tú cómo vas?

RADFERN.—Yo voy derecho a Holanda. Primero tengo que atender ciertos negocios. Me llevaré a algún amigo.

ELSIE.—Pero ¿cómo?

RADFERN.—Por el Metro, tal vez. Da lo mismo.

ELSIE.—¡Oh!... no me importa nada. *(Lo abraza.)* ¡Mami, vamos de viaje! *(La abraza.)*

MISTRESS RADFERN.—Espero que esto no sea otra broma tuya, papi.

ELSIE.—¡Oh, papá, no te lo perdonaría nunca!

RADFERN.—No es broma. Tenéis veinticuatro horas para preparar el equipaje, cerrar la casa y salir para Bruselas.

ELSIE.—*(Charlando alegremente.)* Entonces no nos acostamos. Vamos a mirar estos folletos y luego cenaremos y empezaremos los equipajes. Pero tendremos que llevar bastante ropa, ¿no es cierto, mami? Sobre todo si vamos a países calurosos. Aunque supongo que podríamos comprarla en Bruselas o donde vayamos... Podríamos ir a París primero y comprar allí algo de ropa. Tan fácil es ir a París como a Holanda o a cualquier otro sitio.

MISTRESS RADFERN.—*(Alzando la voz.)* ¡Elsie, detente! ¡Me da vueltas la cabeza! *(Llaman a la puerta fuerte e insistentemente. Todos se sobresaltan.)*

ELSIE.—¡Voy! *(Sale corriendo.)*

MISTRESS RADFERN.—Esta chica se ha puesto tan excitada que no sabe lo que dice.

RADFERN.—Le hará bien.

MISTRESS RADFERN.—No, si le espera otra decepción.

RADFERN.—Eso corre de mi cuenta.

MISTRESS RADFERN.—Estás hoy muy dominante, papi. ¿Qué te ocurre?

RADFERN.—Es que a veces tengo que imponerme, mami. (ELSIE *vuelve con cara asustada.)*

ELSIE.—Papá, es un sargento de Policía y quiere verte.

RADFERN.—*(Grave y firme.)* Muy bien.

ELSIE.—*(Va hacia él dulcemente.)* Papá... No era verdad... después de todo... ¿no?

RADFERN.—*(Alegre.)* Todo está bien, Elsie. Dile que entre. (ELSIE *tiene a su padre cogido del brazo.)*

MISTRESS RADFERN.—No seas ridícula, Elsie. *(Sale y trae al* SARGENTO, *un hombre de edad mediana, sólido, con voz profunda y modales algo solemnes.)*

SARGENTO MORRIS.—¿Míster George Radfern?

RADFERN.—*(Con firmeza.)* Soy yo, sargento.

MORRIS.—Supongo que ya me habrá visto usted alguna vez. Pertenezco a la Comisaría del barrio.

RADFERN.—Sí, lo conozco de vista.

MORRIS.—Acabo de enterarme de que piensa irse pronto.

RADFERN.—Es cierto. Estoy pensando en ello seriamente.

MORRIS.—Míster Cross, el dueño de la última casa, me dijo que a usted tal vez le gustase patrocinar el nuevo club de fútbol de Shootern Green y ser uno de sus vicepresidentes.

RADFERN.—¡Ah!, vino usted para procurar mi participación.

MORRIS.—*(Aliviado.)* Eso es, míster Radfern. Tres guineas es lo que corresponde a un vicepresidente.

RADFERN.—*(Sancando el dinero.)* Tengo que ser vicepresidente. aquí tiene. Y aquí van cinco chelines.

MORRIS.—*(Que mientras tanto ha estado escribiendo.)* Aquí está el recibo oficial y muchas gracias, míster Radfern. Buenas noches, señora. Buenas noches, señorita. Buenas noches. *(Sale y* MISTRESS RADFERN *lo sigue hasta la puerta.* ELSIE *ríe histéricamente con alivio.)*

RADFERN.—¿De qué te ríes?

ELSIE.—¡Oh!, no sé, de todo. ¡Oh, papá!, ¿cuánto tiempo estaremos fuera?

RADFERN.—No lo sé todavía. Cuatro meses. Seis meses.

ELSIE.—¡Oh! ¿Y tu invernadero?

RADFERN.—El lugar adonde vamos a ir es todo invernadero. *(Entra* MISTRESS RADFERN.)

ELSIE.—¿Y El Retamal?

MISTRESS RADFERN.—Todavía estará aquí cuando volvamos.

ELSIE.—*(Animada.)* Vamos a mirar todo esto. *(Indica los folletos.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Con firmeza.)* Ahora es mi turno. No vamos a mirar nada hasta que hayamos comido. Y puedes, por una vez, ayudarme a preparar las cosas.

ELSIE.—*(Contenta.)* Bien, mamá. *(Se apresura a ir a la cocina, donde se la oye cantar alegremente.)*

MISTRESS RADFERN.—*(Quitando de la mesa algunos objetos y el tapete.)* Y no me vas a decir que tú no estabas tramando algo, ¿sabes, papi?

RADFERN.—*(Sonriendo.)* Bueno, mami, no te lo diré. (MISTRESS RADFERN *pone el mantel.* ELSIE *entra con la vajilla para la comida y* RADFERN *sonríe a las dos mientras cae el telón.)*

FIN DE

«EL RETAMAL»